



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Música de violines



«Tengo un trato que ofrecerles: un millón de dólares y la vida, si me apoyan. Es decir… Sólo necesito a uno de los dos. A aquel de ustedes que esté dispuesto a matar al otro ahora mismo. O eso, o mueren los dos en el acto».



Lou Carrigan

Música de violines

Brigitte en acción - 144

Archivo Secreto - 208

ePub r1.1

Titivillus 25-05-2019

Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla V Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1






5.º
Aniversario
PROYECTO SCRIPTORIUM
EDICION CONMEMORATIVA
"Más libros, más libres"
epublibre



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

El anciano miró primero, a Brigitte Montfort, alias Baby, y luego a Angelo Tomasini, el incomparable Número Uno. Ambos, atados de pies y manos a sendas sillas.

—Los dos espías son muy peligrosos —musitó el anciano—. Y los dos se aman mucho, según parece. Sin embargo, tengo un trato que ofrecerles: un millón de dólares y la vida, si me apoyan. Es decir… Sólo necesito a uno de los dos.

—¿Y a cuál elige? —musitó Brigitte.

—A aquel de ustedes que esté dispuesto a matar al otro ahora mismo. O eso, o mueren los dos en el acto.

Número Uno y Baby se quedaron mirando fijamente al anciano. De pronto, los dos dijeron, a la vez:

—Yo lo haré.

—Pónganse de acuerdo, será mejor.

—Yo la mataré a ella —dijo Número Uno.

—No… Yo a él —aseguró Brigitte.

—No sea absurdo, Tristán —dijo secamente Número Uno—. ¿Quién cree que puede serle más útil de los dos? Ella es solamente una mujer, y yo soy un espía famoso en todo el mundo. He matado docenas de hombres, he corrido toda clase de peligros, tengo recursos para todo, soy fuerte, inteligente, tenaz, ambicioso…

—Escuche —jadeó Brigitte—. Está perdiendo el tiempo escuchándole a él, Tristán. Deje que yo le mate a él… ¿No ha oído hablar de la agente Baby, de la CIA? ¡Yo soy Baby!

—Es solamente una mujer —insistió Uno—. Y trabaja para la CIA, Tristán. No es tan libre como yo, que todos creen que he muerto. ¿Por qué vacila? Mírenos a los dos: ¿cuál cree que puede darle más rendimiento? Acépteme a mí: yo la mataré a ella, podemos entendernos bien usted y yo.

—Soy más inteligente que él —deslizó Brigitte.

Número Uno rió sarcásticamente.

—¡Ya está bien, querida! Hasta aquí hemos llegado… Durante estos tres años, te he dejado pensar que valías más que yo, que eres más inteligente, más audaz, más… más todo. Pero ya terminó. ¿Por qué tengo que guardarte consideración ahora? Has sido mi muñequita, te lo he consentido todo, pero esto ya es demasiado: mi vida vale más que la tuya…

—¿Ahora sale tu rencor? —replicó acremente Brigitte—. Pero te comprendo… En el fondo, siempre me has tenido celos, como profesional del espionaje. Siempre has tenido envidia de mí, siempre has…

—Ya basta —cortó el anciano—: ¡yo decidiré cuál de los dos va a salvarse matando al otro!

Era una jaula grande, nueva, muy bonita y debidamente cuidada. Estaba llena de palomas, algunas de ellas completamente blancas. Debía haber quizá dos docenas. El hombre estaba entre ellas examinándolas, acariciándolas, dándoles granos de trigo, y los animalitos zureaban alegremente, sumisos y confiados bajo aquellas grandes manos tostadas por el sol, hermosas, pero fuertes; como si estuviesen moldeadas en acero. Unas manos que correspondían perfectamente al gigante de ojos negros y mentón agudo, firmísimo. Calzado deportivo, pantalones gris claro, jersey negro… y un metro ochenta y cinco de estatura, rematados por unos hombros anchos y finos, también como labrados en acero. El hombre, por sí solo, resultaba absolutamente impresionante, casi sobrecogedor. Pero allí, rodeado de dulces y felices palomas, no podía tener un aspecto más pacífico y suave, más humano.

Con aquellos dedos que eran capaces de doblar una barra de hierro, o de destrozar una garganta estrujándola, iba quitando espinas de las alas de las palomas con una suavidad en verdad asombrosa. Palpaba sus patas, sus alas, el buche. Dedos de artista deslizándose sobre un teclado.

El palomar estaba detrás de la hermosa villa, desde cuyo jardín se veía el azul del mar, en la transparencia de aquella tarde soleada, y allí, era como estar en un mundo nuevo, amable, tranquilo y limpio. El aroma de las flores, flotaba invisible y penetrante; en los árboles había pajarillos acomodándose en sus ramas, piando, disputándose el mejor puesto algunos, mirando otros con curiosidad

a aquel hermoso ejemplar de la fauna humana confraternizando con las palomas; en la tarde, había un tono rojo y dorado, malva y azul, negro y violeta. Una paz lánguida, extraña, latente en el silencio.

Hasta que, de pronto, sobresaltando a palomas y pajarillos, llegó aquella voz de mujer, gritando a pleno pulmón:

—*Signore, signore…*

Hubo un revoloteo de palomas, un pequeño caos en los árboles, una brusca agitación en todo, excepto en el hombre, que se volvió tranquilamente y contempló, a través de las finas alambradas, a la mujer que se acercaba corriendo, agitando los brazos. Agitándolo todo, porque era una mujer gordísima, gordísima, gordísima. Tenía unas caderas voluminosas, unas piernas rollizas. Verla correr era un espectáculo amable y divertido a la vez. Cuando se detuvo al otro lado de la alambrada sus grandes ojos estaban desorbitados por la sorpresa y la alegría. Debía tener algo más de cuarenta años, pero su alegría era desbordante, infantil.

—¡*Signore*, ella ha venido! —jadeó a gritos.

—Está bien, *mamma* María —replicó sosegadamente el hombre… Ella ha venido. ¿Quién es ella?

—*Signore*…! ¿Quién ha de ser? ¡Ella! ¡Está afuera pagando el taxi…! ¡Corra, corra, *signore*!

La gordísima y simpática *mamma* María se volvió, dispuesta a correr en dirección opuesta, pero se detuvo al ver que el hombre no la imitaba. Él tenía en una mano una blanca paloma y la acariciaba con la otra. En su rostro no había expresión alguna.

—¿Trae equipaje? —musitó.

—¡Sí, sí…! ¡Dos o tres maletas, no sé…! ¡Y ese maletín tan bonito con flores…!

—¿Estás segura de que trae maletas?

—¡Claro, *signore*!

—Ve a ayudar al taxista a entrarlas en la casa, y págale… Dile a ella que estoy aquí.

—Pero, *signore*…

Angelo Tomasini se volvió y continuó dedicando su atención a las palomas. *Mamma* María pareció a punto de decir algo, pero desistió en seguida. ¿Para qué? Aún no había conseguido entender a aquel hombre, ni a la mujer que llegaba a Villa Tartaruga. Aún no había conseguido comprenderlos, y se preguntaba si lo conseguiría

alguna vez. Estaba segurísima de que se amaban como jamás se habían amado hombre y mujer. Sabía que cualquiera de ellos daría la vida por el otro. Sabía que su *signore* sólo era feliz cuando ella estaba en Villa Tartaruga… Y ahora ella llegaba y el *signore* no salía corriendo a recibirla.

Refunfuñando en italiano, *mamma* María reanudó su marcha atlética, ahora hacia la casa, hacia la entrada de la villa llena de flores, de pájaros y de palomas.

Y Angelo Tomasini, como olvidado del pequeño incidente, tomó otra paloma blanca, examinando sus patas, sus alas… Había un pequeño pincho clavado en una pata de la paloma y lo miró atentamente antes de decidirse a arrancarlo, lo cual hizo con exquisito cuidado, pues temía que hubiese una ramificación en el pincho y pudiese causar un desgarro en la piel de la pata… No hubo desgarro. Pasó luego lo que parecía una barrita de lápiz labial por la herida y, finalmente, depositó a la paloma en uno de los palos.

—¿Son mensajeras?

Se volvió lentamente, inescrutable el rostro. Como antes a *mamma* María, vio a través de las cuadrículas de fino alambre a la recién llegada. Y Angelo Tomasini permaneció impávido, su corazón dio un brusco, violentísimo salto. Durante unos segundos, estuvo contemplando aquella boquita sonrosada; el hoyuelo en la barbilla, deliciosamente alargada: las orejitas menudas, deliciosas; los largos cabellos negros; el escultural cuerpo femenino. Y, sobre todo, los grandes, enormes, profundos, bellísimos ojos azules que le contemplaban dulcemente.

—Sí —musitó—. Son mensajeras.

—No sabía que te dedicases a esto, Uno.

—Era una sorpresa. ¿No quieres pasar?

—Oh, sí…

La hermosísima mujer entró en el palomar, cuando Angelo abrió la puerta. Ella dejó el maletín rojo con florecillas azules en el suelo, y miró sonriente a las palomas.

—Son muy bonitas. Especialmente, las blancas.

—Gracias. Estaba mirando sus posibles heridas. Una de ellas tenía un pincho en una pata.

—Oh, pobrecilla. ¿La has curado ya?

—Desde luego. ¿Has tenido buen viaje?

—Muy bueno. ¿Me esperabas, quizá?

—Siempre te estoy esperando; Mira ésta —tomó una de las palomas y se la mostró, señalando un ala—: se le ha roto una pluma del ala; eso las molesta un poco para volar. ¿Quieres alcanzarme esas tijeritas?

Señaló con la barbilla una pequeña repisa y la hermosa muchacha tomó las pequeñas tijeras y se las tendió.

—¿Quieres que le sostenga el ala?

—Sí, será mejor… Quieta, quieta… Nada vamos a hacerte…

Cortó la pluma por el lugar tronchado y luego impulsó a la paloma hacia arriba, para que se posase en uno de los palos altos. Dejó las tijeras en su sitio y se volvió hacia la mujer que sonrió levemente. El puso sus grandes manos en los finos hombros femeninos, y sus negros ojos parecieron hundirse en aquellos otros, tan grandes, tan azules.

—¿Estás bien? —musitó.

—Sí. ¿Y tú?

Angelo Tomasini asintió con la cabeza.

—*Mamma* María me ha dicho que traes equipaje.

—Me pareció que te gustaría ver mi nuevo vestuario.

—¿En un día?

—A modelito por día. Son catorce o quince, no recuerdo.

—¿Tanto? —murmuró Número Uno, un poco ronca la voz.

—¿Qué hacemos? —deslizó ella, quedamente.

Rodeó la cintura masculina con sus bracitos y alzó el rostro. Las manos de Número Uno pasaron a la parte posterior de su cabeza, los fuertes dedos se hundieron en los finos cabellos negros, efectuando una suave atracción. Los dos cerraron los ojos cuando sus bocas se unieron en beso suave, lento, profundo…

Espiando entre unos macizos de flores, *mamma* María agitó los brazos, indignada.

—*Santíssima Madonna*…! ¿Cómo han podido esperar tanto para besarse? ¡Están locos los dos, están locos…!

Por lo menos, estaban enjaulados. Y su locura era pacífica, tranquila, silenciosa. Bajo el cielo rojo y morado, malva y azul, los dos estuvieron unidos tanto tiempo en aquel beso, que las palomas y los pajarillos comenzaron a considerar aquella situación como definitiva, inmutable. Los pajarillos volvieron a piar, las palomas a

zurear. Un par de ellas dieron un revuelo y se posaron en los hombros de Número Uno; otra, blanca, fue a posarse sobre la cabeza de la mujer, hinchando el buche en su zureo… Zurúuuúuuu… zurúuuúuu… zurúuuúuu…

Por fin, ella se apartó y apoyó una mejilla en el pecho de Angelo Tomasini.

—Tus palomas son unas entrometidas —rió dulcemente, mientras la que había estado sobre su cabeza emprendía el vuelo.

—Y envidiosas. Supongo que hasta ahora estaban convencidas de que sólo las quería a ellas… ¿Sabes que *mamma* María nos está… espiando?

—¡Oh! ¿También tiene envidia?

—No creo… Me parece que le gusta vernos besándonos.

—*Mamma* María es muy buena —susurró ella—. No tenemos por qué desairarla, ¿verdad?

Número Uno la volvió a besar, aún más largamente que antes. Otras palomas se atrevieron a curiosear de cerca el beso, sin ser molestadas, sobre sus hombros y cabezas desordenando los cabellos de ambos, hasta que la mujer se apartó, movió las manos en un simpático gesto para alejarlas, y luego las pasó sobre los cabellos de él, ordenándolos.

—¿Dispones de algún lugar donde tus palomas no puedan intervenir en nuestros asuntos?

—Creo que sí —sonrió por primera vez Número Uno.

Salieron de la jaula, y ella se abrazó a la cintura de él, qué le pasó un brazo por los hombros. Apenas habían dado unos pasos por el sendero; vieron la enorme mole de *mamma* María, huyendo velozmente «para no ser vista».

Se echaron a reír.

—*Mamma* María es una espía terrible —dijo ella—. No creo que exista otra tan sigilosa.

—¿Ni siquiera Baby? —sonrió Uno.

—Pues no sé… Pero, querido, quiero pedirte un favor: durante mi estancia aquí, seré solamente Brigitte Montfort… ¿Aceptas?

—¿Si acepto…? Hace tiempo que quisiera conseguir esa actitud tuya… para siempre. Estás… cansada, ¿no es cierto?

—Un poco —admitió ella—. Quería venir a verte antes, pero tuve entonces una garden-party, a la que no podía dejar de asistir.

—¿Terminó ya esa garden-party? ¿Del todo?

—Sí. Hace dos días. Y pensé que aquí podría tener yo otra garden-party más… privada y personal. Últimamente… te echo mucho de menos.

Número Uno no dijo nada. Sólo se inclinó, ladeándose hasta poder besar a Brigitte en un lado de la boca, brevemente.

—Supongo que querrás bañarte antes de cenar —susurró luego.

Naturalmente, «Perignon 55», con guindas. Número Uno sirvió las dos copas y ambos bebieron un sorbito, agradable complemento para la magnífica cena que había servido *mamma* María. La gran mesa, larga, oscura, quedaba lejos de ellos, en el gran salón. Todo estaba a oscuras, excepto aquel rincón con el tresillo, junto a la chimenea, donde ardían unos cuantos troncos delgados. Más por ambiente que por frío. No suele hacer mucho frío en Malta. Número Uno se puso en pie y fue hacia el magnífico «hi-fi».

—¿Mozart, Beethoven, Chopin…?

—Chopin —sonrió ella.

—¿«Gran Fantasía»?

—Está bien.

Uno colocó el gran disco en el aparato y volvió a sentarse en el sofá, junto a Brigitte Montfort, que quería olvidar que era también la agente Baby, la espía más peligrosa del mundo. Ella le tomó una mano y se quedó inmóvil, perdida la mirada en las llamas de la chimenea. Y a medida que la música iba dominando el ambiente, Brigitte Montfort fue deslizándose hacia el hombro de Angelo Tomasini, el hombre que, tiempo atrás, había sido traicionado brutalmente por la CIA. El hombre que hasta entonces había sido el mejor agente de la CIA en Europa y que ahora era, simplemente, el mejor espía masculino del mundo, pero independiente, sin tener que rendir cuentas a nadie, excepto a sus enemigos.

Antes de que la «Gran Fantasía» hubiera llegado siquiera a la mitad, Brigitte Montfort dormía plácidamente recostada en el hombro de Número Uno, que la miró moviendo solamente la cabeza, con todo cuidado. Estuvo unos segundos contemplando aquel rostro dulcísimo, tan bello que sobrecogía, que parecía imposible; la boquita sonrosada estaba un poco entreabierta y el cálido aliento femenino iba hacia el cuello del espía, que lo notaba

como una caricia que, finalmente, le estremeció.

Por fin, la «Gran Fantasía» terminó. Entonces, Uno apartó, cuidadosamente siempre, a su amada y la fue sosteniendo hasta dejarla tendida en el sofá. Estuvo unos segundos mirándola, tan delicada con su vestido de noche, descubiertos los hombros, la garganta dorada por el sol. No ignoraba lo que significaba que la agente Baby se durmiese cuando estaba con él: significaba, sencillamente, que ella se consideraba «en casa», a salvo de todo y de todos. Fue al dormitorio, cogió una manta y regresó, al gran salón. Cubrió con la manta a Brigitte y tomó la copa de champán, alzándola.

—Bien venida a casa —musitó.

Colocó tres o cuatro troncos más en la chimenea, miró por última vez a Brigitte, y se dirigió a su dormitorio. Se quitó el *smoking*, se puso el pijama, se acostó y apagó la luz. Pero era lo mismo: seguía viéndola, allí dentro de él, como siempre… Siempre la estaba viendo y sintiendo en él.

La puerta del dormitorio se abrió en aquel momento, y Número Uno abrió los ojos. Al resplandor de la luna, vio la silueta, en el umbral. Oyó la voz queda, suave, como roce de sedas:

—¿Uno?

El espía se incorporó en la cama.

—Creí que dormías —susurró.

Capítulo II

Antes de llegar a la jaula de las palomas mensajeras, Uno comenzó a oír la risa de Brigitte y fue como si el día tuviese aún más luz, más sol, más alegría. Cuándo se detuvo, esta vez él fuera de la jaula, vio a Brigitte, rodeada de palomas, repartiendo caricias y granos de trigo. Tenía palomas en los hombros, en los brazos, en las manos…

—Hola.

—¿Ya has despertado? Eres un dormilón, mi amor.

—¿Dormilón? Sólo son las nueve de la mañana. ¿A qué hora te has levantado?

—Cuando salió el sol. Creo que eran alrededor de las siete y media. ¿Debí despertarte?

Uno entró en la jaula, puso una mano en un hombro de Brigitte y la besó suavemente en los labios.

—Por lo menos, dejarme una nota en la almohada diciendo que no te habías marchado de Villa Tartaruga.

—¿Dije quince días o no dije quince días? —susurró ella.

—Dijiste quince días.

—Entonces —Brigitte, le besó en la barbilla—, serán quince días. Nunca te he mentido a ti.

Número Uno espantó a las palomas, y apretó a Brigitte contra su pecho. Estuvieron así, inmóviles, durante algunos minutos. El tiempo ya no contaba. Los minutos, las horas o los días no tenían la menor importancia. Cualquiera de los dos se había jugado la vida las suficientes veces para tener derecho a aquello.

—¿Estás contento? —murmuró ella, de pronto.

—Lo estaré durante quince días.

—¿Quieres que yo esté contenta también?

Uno la apartó y la miró entre interrogante y alarmado.

—¿No lo estás ahora? —susurró.

—No. Para eso, deberías afeitarte.

Uno sonrió. De pronto, se echó a reír.

—Iré ahora mismo a…

—Tampoco hay tanta prisa —protestó ella.

Volvió a abrazarse a él, alzando el rostro y Número Uno tomó en el acto el beso que le ofrecía. Un beso largo, largo, largo… No tenían importancia los minutos las horas, los días… y casi parecía que tampoco podían tenerla los siglos.

—¿Has traído bikinis? —preguntó, luego él.

—¿Para qué?

—Pues para nadar… A mediodía hace buen sol, y el agua de la piscina se calienta lo suficiente. Sí… Para nadar o tomar el sol…

—¿Hacen falta bikinis para nadar o tomar el sol? —rió ella.

Él la volvió a besar, brevemente.

—Aquí, no —sonrió—. Te espero para desayunar.

—Bien… Creo que llega una paloma, Uno.

Él levantó la cabeza y, en efecto, vio la paloma revoloteando por encima del palomar. Por fin, el ave descendió, se posó sobre las alambradas, y luego, entró en la jaula por la abertura superior. Se posó en un palo, y comenzó a zurear. Número Uno se acercó a ella y le quitó la pequeña argolla de plomo que llevaba en una pata. Dentro de la argolla había un diminuto papel que él desdobló, leyó y tendió a Brigitte que leyó a su vez:

SI LA PALOMA LLEGA, LE DARÁ SALUDOS DE AHMED.

—¿Es uno de tus amigos de África?

—Sí. Estamos haciendo pruebas, a ver si estos animalitos funcionan. Por ahora parece que sí, pues es la tercera paloma que me llega en una semana.

—¿Todas desde África?

—No, no… Algunas, desde Europa, desde luego. Voy a contestar a Ahmed…

Fue a la repisa, tomó un bolígrafo y, en el dorso del mismo papel recibido, escribió:

LA PALOMA LLEGO. SALUDOS RECIBIDOS Y DEVUELTOS. ANGELO.

—Déjame a mí, déjame a mí —pidió Brigitte, entusiasmada.

—Te señalaré la paloma. A ver cómo te las arreglas.

Señaló la que, según el entrenamiento, debía conocer el camino para llegar a Ahmed, y Brigitte no tuvo la menor dificultad en pillarla. Le puso la argolla, con el mensaje y ambos salieron de la jaula, llevando Brigitte la paloma en las manos.

—Vuela, palomita, vuela —rió, empujándola hacia arriba.

La paloma se elevó, describió unos cuantos círculos por encima de ellos, cada vez a mayor altura, y, de pronto, emprendió sin vacilaciones el viaje rumbo al Sur.

—Se admiten apuestas —rió de nuevo Brigitte—: yo digo que llega.

—Entonces, no hay apuesta: yo también creo que llega.

—Ah… ¡Entonces soy yo quien dice que no llega!

Se echaron a reír los dos, se abrazaron por la cintura, y fueron hacia la casa. Se separaron en la terraza, y mientras Uno iba a afeitarse, Brigitte fue a la cocina, donde *mamma* María la recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buenos días, *signorina*!

—Muy buenos, *mamma* María. ¿Puedo ayudarla?

—¡Oh, no… no…! No a mí, *signorina*. A él… Ayúdelo a él.

—Bueno —rió la divina… ¡Creo que ya sabe afeitarse solo!

Se echaron a reír las dos, pero, de pronto, *mamma* María quedó muy seria.

—Usted me entiende, *signorina*. Él no la necesita para afeitarse, pero sí para vivir. Es un hombre muy bueno…, aunque extraño, eso sí. No ríe nunca, apenas sonríe… Él siempre está pensando en usted, siempre, siempre, siempre… Hace pocos días, llegó la carta que usted le envió, y él la leyó muchas veces. Y luego, se quedó triste y cenó solo, en esa mesa tan grande, en el salón.

—Yo también estoy siempre sola —musitó Brigitte.

—Pero usted es porque quiere… El *signore* es tan bueno… Y tan guapo… Es muy guapo, muy… hombre, *non é vero*?

—Lo sé, *mamma* María.

—¿Entonces, *signorina*…? ¿No le parece que podría quedarse con él para siempre?

—El *signore* no es ninguna… adquisición, *mamma* María. Ni yo

tampoco. Algún día, los dos decidiremos no separarnos.

—¿Cuándo, *signorina*?

—Algún día.

—Pero, *signorina*…

—¿Cómo están sus hijos, *mamma*?

—¡Mis hijos…! —Los ojos de la gordísima y simpática María brillaron intensamente—. *Molto, molto, molto bene, prego*…! Son unos… unos *bambinos* muy buenos, mucho. El *signore* lo paga todo a esta pobre viuda, y ellos estudian mucho. Yo siempre les digo que cuando sean hombres, tendrán que ser como el *signore*. Él me lleva muchas veces a verlos, en su avioneta, a Roma… Y me ha prometido que estas Navidades, me llevará allí para pasarlas con ellos, con mis *bambinos*… Claro que… entonces, el *signore* se quedará aquí solo… Completamente solo, *signorina*… ¿Me está oyendo, *signorina*?

—Sí, *mamma* María; la estoy oyendo.

Mamma María parpadeó, un poco sobrecogida. ¿Estaba viendo visiones, o… realmente, parecían brillar unas lágrimas en aquellos espléndidos ojos azules? Debía estar viendo visiones, claro… Ella sabía que la *signorina* y el *signore* llevaban una vida… especial, y que a veces, habían matado a algunas personas. Cosa que no podía comprender: ¿cómo era posible que el *signore*, tan bueno, hubiese podido matar alguna vez a alguien? ¿Y la *signorina*? Oh, la *signorina* aún menos, claro… Y tenía que convencerse de ello, porque, en verdad, lo que brillaba en los azules ojos, eran dos lágrimas mal contenidas.

—Yo… Oh, sí, podría ayudarme, *signorina*… Al *signore* le gustan muchos los huevos revueltos… ¿Sabe prepararlos?

—Lo intentaré —sonrió Brigitte.

Al sonreír, sus párpados se juntaron un poco, y las dos lágrimas se desprendieron.

Un poco asustada, *mamma* María comenzó a hablar de sus hijos, de lo mucho que estudiaban, de la buena educación que estaban recibiendo en aquel colegio de Roma, tan caro…

Durante tres días, en aquella villa solamente hubo una espía; *mamma* María, que disfrutaba enormemente viendo al *signore* y la

signorina paseando por el jardín cuidando las palomas, oyendo música… En cuanto empezaban a besarse, se apresuraba a desaparecer…, aunque sin perderse el primer beso, desde luego. Tampoco le parecía correcto estar espiándolos cuando tomaban el sol, o nadaban en la piscina, así que, sofocada, se alejaba a toda prisa, apenas comprendía que esto iba a suceder. Por las tardes, dormían, paseaban por el jardín en silencio, o se dedicaban a cuidar las flores, a regarlas, limpiarlas. La *signorina* le había puesto una vez una flor entre los cabellos al *signore*, para horror de *mamma* María. Pero el *signore* dejó la flor allí y se limitó a sonreír… También leían, a veces. Leía uno de los dos, en el jardín o en el salón. Pero eran unos librotes que ella no podía entender, porque estaban escritos en un idioma que desconocía; y además, tenía la certeza de que no los habría entendido aunque estuviesen en el mejor italiano… En ocasiones, el que escuchaba interrumpía al que leía, y cambiaban comentarios sobre lo leído, en inglés, en ruso, en francés o español, según el idioma en que estuviese escrito el libro.

Y oían música. Todas, todas las noches, oían música, sentados muy juntos en el sofá, abrazados, en silencio. Esto del silencio era algo que tenía mosqueada a *mamma* María. ¿Tan pocas cosas tenían que decirse? ¿Cómo era posible que queriéndose, tanto no hablasen mucho, mucho, mucho…? Pero la verdad era que hablaban poco. De cuando en cuando, algunas palabras, que *mamma* María consideraba carentes de importancia, pero que, según parecía, para ellos equivalía a la expresión de toda una larguísima serie de pensamientos o sentimientos. Quizá era cierto que estaban los dos un poco locos, pero, realmente, *mamma* María jamás había conocido a un hombre y una mujer como ellos. Jamás. La *signorina* hablaba más que el *signore*, y sonreía más. El *signore* no sonreía con frecuencia, siempre estaba serio, impávido, pero esto no parecía importar lo más mínimo a la *signorina*, que parecía una muñequita junto al apuesto y viril gigante de ojos negros.

De aquel modo, se podía vivir miles de años. Todo era tan hermoso, tan tranquilo, tan suave y dulce… Todo.

Al cuarto día llegó la paloma mensajera.

Estaban los dos tumbados junto a la piscina, a pleno sol, que calentaba magníficamente sus cuerpos. El de Número Uno se veía

oscuro, como de barro cocido; el de Brigitte, con aquel asombroso, tono dorado, como si realmente, estuviese hecho de oro.

—Uno.

—¿Mmmm…? —se interesó él, sin abrir los ojos.

—Llega una paloma.

Uno abrió los ojos, y en efecto, vio a la paloma, que estaba describiendo círculos cada vez más bajos sobre el palomar.

—Qué bien —dijo—. Esto marcha.

—¿No vas a ver qué mensaje trae?

—¿Para qué?

Brigitte rodó una vez sobre la gigantesca, toalla que tenía estampados dibujos de peces, estrellas de mar y corales, quedó pegada a Uno.

—Voy a ver qué dice ese mensaje.

—Pero no contestes. Conocen mi tipo de letras mayúsculas, y se alarmarían.

—Bueno.

Brigitte se puso en pie, se colocó una toalla de las pequeñas como si fuese un sarong, y metió los piececitos en las zapatillas de goma azul. Se alejó hacia la jaula, tarareando una canción, oliendo las flores… Regresó a los pocos minutos y tendió el pequeño papel a Uno, que la había estado mirando mientras llegaba.

—Parece que tu cotización ha bajado —sonrió ella.

Número Uno movió las cejas… Y una mano. Asió el sarong, le dio un tirón, y señaló a su lado; en silencio. Brigitte se tendió y se besaron, lenta, largamente, hasta que ella apartó sus labios, y suspiró hondo.

—¿No quieres conocer el mensaje? Me parece que esta vez no es ninguna prueba de vuelo de tus palomas.

—¿Qué dice?

—En italiano, dice: «le buscan precisamente a usted para un trabajo por el que están dispuestos a pagar dos dólares». Supongo que es una broma. Lo firma Pietro.

—Mis amigos no gastan bromas conmigo. Rompe ese mensaje:

Brigitte se quedó mirando inexpresivamente los no menos inexpresivos ojos de Número Uno.

—Lo de pagarte dos dólares sólo puede ser una broma.

—No son dos dólares. Supongo que hay un punto detrás del dos.

Brigitte asintió con la cabeza, mientras miraba de nuevo el mensaje, que estaba redactado exactamente así:

LE BUSCAN PRECISAMENTE A USTED PARA UN TRABAJO POR EL QUE ESTÁN DISPUESTOS A PAGAR $ 2. PIETRO.

—Bien… Quizá el punto signifique mil. De todos modos, creo que es poco para ti.

—Olvida el mensaje.

—No me gusta que te juegues la vida por dos mil dólares. Ni por nada. Pero, puestos a correr el riesgo, que valga la pena en algún sentido. Aunque me pregunto si vale la pena jugarse la vida por algo.

—Tú lo haces por menos de dos mil dólares.

—Lo mío es diferente. Yo no estoy desengañada… en el mismo sentido que tú; trabajo gratis, si es necesario. Y sé que tú lo harías en un momento dado. Pero si cobras, que sea una cantidad que no te humille.

—No es fácil humillarme a mí.

—Lo sé. Por eso me sorprende esta cantidad.

—Quizá sea una broma de Pietro —sonrió inesperadamente Número Uno—. Olvidémoslo. ¿Qué te parece si vamos a almorzar?

—Bueno. Pero primero nademos un poco.

—Ah, no… Yo no tengo deseos de hacerlo.

—¿De veras?

—Claro.

—Vaya, vaya…

—¡Eh! ¿Qué vas a hacer…? ¡No! ¡Quieta! ¡Brigitte, no…!

Pero Brigitte continuó tirando de un pie de Número Uno, arrastrándole con toalla y todo por el césped, hacia el borde de la piscina. Y, al mismo tiempo que se dejaba caer de espaldas al agua, seguía sujetando fuertemente el tobillo de Uno, que se hundió en la tibia agua transparente.

Salió a flote en seguida, resoplando, mirando a todos lados, sin poder ver a Brigitte, que había desaparecido bajo el agua.

—¡Cuando salgas te voy a…!

El tirón de su pie fue tan fuerte e inesperado que el atlético

Angelo Tomasini volvió a desaparecer de nuevo bajo el agua. Abrió entonces los ojos y vio la silueta de Brigitte, alejándose entre dos aguas, a toda, prisa. Se lanzó a perseguirla, pero ella regresó a la superficie, de modo que pudo nadar más y mejor, alejándose de él. Uno apareció en seguida, y la miró torvamente, antes de lanzarse hacia ella cortando el agua a una velocidad increíble.

—No —rió Brigitte—. ¡No, Uno, eso no…!

Intentó salir de la piscina, pero esta vez fue Uno quien la agarró de un pie y la sumergió, haciéndolo tras ella. Ambos bajo el agua, la atrapó fuertemente por la cintura y la besó en los labios, con fuerza. Los dos quedaron inmóviles, de modo que la presión del agua les volvió a la superficie abrazados.

Poco después, *mamma* María, desde la cocina, oía la risa de Brigitte, y, sonriendo, su mirada se desvió hacia el calendario. Solamente habían pasado cuatro días. Si la *signorina*, efectivamente, se quedaba once días más, ya no sería capaz de marcharse de allí. Once días más y…

Al día siguiente, esto es, al quinto, llegó otra paloma. Número Uno estaba leyendo, con su voz profunda, bien timbrada, clarísima, y no se dio cuenta. Pero Brigitte, que estaba tendida en una extensible contemplando el cielo, sí la vio. Esperó a que Uno se dispusiera a pasar la página, y entonces avisó:

—Ha llegado otra paloma.

—Está bien. Veamos…

—Quizá sea también de Pietro.

—No importa.

—Es posible que hayan mejorado la oferta.

—No me interesa, sea cual sea.

—Pero al menos, contesta a Pietro, o se le terminarán las palomas —sonrió ella.

—Está bien, le contestaré. Sigamos con…

—Vamos a contestarle ahora. No seas gruñón, mi amor: sabes que me gustan las palomas.

Uno dejó el libro, se acercó a Brigitte, la tomó en brazos y comenzó a caminar, llevándola hacia el palomar. Ella le besó, tras rodearle el cuello con los brazos.

—Querido —musitó—, a mí no vas a poder engañarme.

Uno la besó en la nariz.

—¿A qué te refieres?

—Oh, vamos… ¡Dos mil dólares! Jamás moverías un dedo por esa cantidad, de modo que, el puntito detrás del dos, no significa mil, sino cien mil. Es decir, que te ofrecen doscientos mil dólares por un trabajo.

—Fallaste —sonrió él.

—¿No son doscientos mil dólares?

—No. ¿Crees que te miento?

Brigitte apretó más los brazos, de modo que llegó a alcanzar la boca de Uno con sus labios. Ni siquiera se molestó en contestar. Por supuesto que Número Uno no le mentiría jamás a ella. Si él decía que no eran doscientos mil dólares, no había más que hablar.

Cuando llegaron ante la jaula, Uno la depositó en tierra y volvieron a besarse. Luego, ella abrió la puerta y entró rápidamente, directa hacia la paloma recién llegada. La tomó con ambas manos, y con gesto rápido, Número Uno le quitó la argolla, sacó el papel, y se dispuso a romperlo.

—¡Espera! —pidió Brigitte—. Tienes que leerlo, para darle una respuesta a Pietro…

—Ya sé lo que dice este papel.

—Pero yo no. ¿Me permites…?

Echó la paloma hacia arriba, y tendió una manita hacia Uno, que vaciló visiblemente.

—Es sólo insistencia sobre el mensaje de ayer —musitó.

Brigitte no contestó. Continuó con la mano tendida y, por fin, Número Uno colocó en ella el papel. Brigitte lo desdobló y leyó:

> *NO TENGO RESPUESTA, ASÍ QUE INSISTO: LE BUSCAN PRECISAMENTE A USTED PARA UN TRABAJO POR EL QUE ESTÁN DISPUESTOS A PAGAR $ 2.000.000. PIETRO.*

Lentamente, Brigitte alzó la mirada, hasta que sus ojos quedaron fijos en los de Número Uno, que miraba al suelo, fruncido hoscamente el ceño.

—¿Sabías desde el primer momento…, desde que llegó el mensaje de ayer…, que te ofrecían dos millones de dólares?

—Vamos a almorzar…

—¿Lo sabías?

—Sí. Creo que *mamma* María ha preparado…

—Uno, ¿vas a rechazar esta oferta?

—Sí.

—Pero no… no entiendo… ¿Por qué? ¡Son dos millones!

—Ya tengo dinero. Al menos, el suficiente para vivir. Y eso es lo que estoy haciendo ahora: vivir.

—¿Lo haces por mí? ¿Por no dejarme sola aquí, esperándote?

Angelo Tomasini encogió los hombros y abrió la puerta de la jaula. Brigitte le tomó de una mano.

—Tienes que aceptar —musitó.

—No veo por qué. Yo no trabajo para nadie determinado.

—Pero tienes que aceptar. Si no lo haces, se correrá la voz. Eres el espía más cotizado del mundo, mi amor; no puedes dejar sin respuesta afirmativa una oferta así. Te quedarías sin clientes, sin prestigio… y tus amigos creerían que ya no te interesa el espionaje, y se buscarían… otro jefe más ambicioso. Pietro debe estar esperando una especie de comisión como intermediario en este asunto, ¿no es así?

—Le pagaré a Pietro como si hubiese aceptado el asunto.

—Es que no se trata sólo de eso. Hay más hombres que están pendientes de ti… No puedes desairarles, decepcionarles. Eres algo más que un espía… comercial. Si les fallas, quedarán desconectados. Ellos están convencidos de que trabajan para el mejor, para, el Número Uno…

—No me importan esas consideraciones.

—Deben importarte.

—¿Por qué? —Se impacientó Uno—. No le debo nada a nadie, en ningún sentido. Todo cuanto tengo, lo he pagado con mi miedo y con mi sangre en muchas ocasiones… No tengo que dar explicaciones. Cada servicio que me han prestado lo he pagado muy generosamente. Nadie tiene derecho a exigirme nada.

—Se correrá la voz. ¿Qué pensarán?

—No me importa.

—A mí, sí. Acepta el trabajo… Yo te estaré esperando.

—No.

—Llévame contigo, entonces.

Número Uno palideció intensamente.

—No.

—Es muy posible que antes de una semana, toda Europa sepa que Número Uno se ha relajado… ¿Qué crees que pasará entonces?

—No lo sé.

—Lo sabes muy bien. Nosotros, los espías, tenemos amigos… y muchos enemigos. Más enemigos que amigos. Si tus enemigos se enteran de que has cedido, de que te has… amansado, te buscarán. Puede que te encuentren por medio de alguno de esos amigos actuales tuyos a los que ahora vas a dejar sin jefe… Y cuando sepan dónde está el… nuevo Número Uno, vendrán a buscarte; nosotros, los espías, siempre tenemos muchas deudas pendientes.

Uno sonrió secamente.

—Quien se atreva, que venga a buscarme.

—Podrás eludir la venganza de uno, de diez, de cien. Pero ya no tendrás amigos, estarás solo, te acosarán cada vez más tenazmente.

—Brigitte, yo no tengo miedo a nada ni a nadie.

—Ni yo. Por eso, iremos los dos a ver a Pietro, aceptaremos ese asunto, lo solucionaremos, y volveremos aquí. Y los días que invirtamos en ello, no contarán en mi… exhibición de modelitos. Prometido. Y si el dinero no te interesa, lo daremos a mi asilo de viejecitos. Pero no rechaces el trabajo…

—Es absurdo todo esto.

—Sabes muy bien que no lo es. Cuando yo me marche de Villa Tartaruga, quiero hacerlo con la tranquilidad de siempre, dejando tras de mí al Número Uno que todos temen, al león que nadie osa molestar… Sabes que tengo razón. ¿Hay un trabajo para Número Uno? Pues aceptado, si el precio tiene la categoría suficiente. El rugido del león tiene que seguir oyéndose… o los chacales, creyéndolo viejo y débil, se acercarán a atacarlo.

—Describes la situación de un modo que…

Brigitte se abrazó a Número Uno con fuerza, apoyando su mejilla en el pecho masculino.

—¿No lo entiendes? —susurró—. Si a ti te ocurriese algo, ahora o dentro de mil años, yo no podría soportarlo, mi amor…

Capítulo III

Pietro sonrió al ver la avioneta en el cielo, describiendo la última evolución para tomar tierra en la pista que debían haberle asignado desde el control de aeropuerto de Catania, el Fontanarossa. Y muy poco después, llegaba corriendo junto al aparato, mientras veía descender de él al hombre que admiraba, y que jamás podría confundir con ningún otro La sorpresa hizo aminorar un poco su marcha, al ver cómo el *signore* Tomasini tendía los brazos hacia arriba y una mujer se apoyaba en ellos para saltar a tierra.

Una sorpresa que se convirtió en pasmo absoluto cuando Pietro pudo ver a la mujer. Al llegar ante los dos personajes, ya estaba convencido de que no podía haber en todo el mundo una mujer más hermosa que aquélla. Lógico. El *signore* Tomasini no merecía menos.

—Signore*, molto piacere, molto…*

—*Come va,* Pietro —tendió Tomasini la mano.

—*Bene*! —Sacudió Pietro aquella mano grande y fuerte—. *Molto bene, signore! La signorina é italiana?*

—No. Pero puedes seguir hablando en italiano. Ella nos entiende.

—¡Qué hermosa! —exclamó—. ¡Es la más hermosa del mundo, lo digo yo!

—Gracias, Pietro —rió la dama de los inmensos ojos azules—. ¿Recibió la paloma?

—Sí, señorita, sí… Hace unos minutos solamente. He tenido que venir a todo gas con el coche —miró a Uno, un tanto expectante—. ¿No recibió la primera paloma, señor?

—Sí.

—¿Sí? Bueno, eso pensé… Y también pensé… ¡Tonterías!

—¿Qué pensaste? —susurró Uno.

—Pensé que quizá no iba a aceptar el trabajo, señor. Y me puse triste y preocupado ¡Tonterías mías, señor!

Número Uno miró a Brigitte, pero ésta no quiso celebrar su victoria con una expresión triunfal, y desvió su mirada. A fin de cuentas, ambos sabían que lo que habían hablado aquella mañana en Villa Tartaruga era verdad.

—Está bien, Pietro, La señorita y yo vamos a control, a presentar el documento. Coloca la avioneta en su sitio.

—¡Al instante, señor! Ya conoce el coche…

—Sí. Nos veremos allí cuanto antes.

El primero en llegar al coche fue Pietro. Luego llegaron Angelo Tomasini y la dama de los ojos que parecían pedazos de cielo. Se acomodaron atrás y Pietro puso en marcha el vehículo, sacándolo de la zona de estacionamiento del pequeño aeropuerto. Número Uno encendió un cigarrillo y se quedó mirando un instante, hacia el Oeste, donde el sol se ponía, lanzando rojos destellos. Brigitte, a su lado, permanecía en silencio, tranquila, sonriente. Ella iba con Número Uno esta vez; él era quien tenía toda iniciativa.

—¿Y bien? —masculló Uno—. ¿De qué se trata esta vez, Pietro?

—No lo sé, señor. El hombre llegó a Catania enviado por uno de nuestros amigos de Roma, Giovanni. Giovanni me avisó que ese hombre estaba buscando a Número Uno, del cual había oído hablar muy bien en los términos de su profesión… Alguien le dio el nombre de Giovanni, y como el hombre dijo que iba a pagar muy bien, Giovanni me lo envió para que yo decidiera, de acuerdo a la autorización de usted. Cuando me dijo que estaba dispuesto a pagar dos millones de dólares, comprendí que el asunto era serio, así que le dije que le avisaría a usted.

—¿Quién es ese hombre?

—Se llama Heracles Nikopoulos, señor. Es todo lo que sé… Eso, y que puede pagar dos millones de dólares. Usted sabrá… tratarlo como merezca —sonrió Pietro—. Siempre lo hace bien, señor.

—Lo intento. ¿Dónde está el señor Nikopoulos?

—En una villa, al otro lado de Catania. Cuando recibí la paloma con el mensaje aceptando el trabajo en principio, le llamé, y se lo dije. Él debe estar esperándole ahora, señor.

—¿Lo has estado vigilando?

—Desde que hablamos él y yo, señor. No ha hablado con nadie,

y está solo en esa villa, que alquiló al llegar. Parece persona de mucho dinero.

—¿Y realmente es griego?

—Yo diría que sí, señor. Un músico griego.

—¿Músico? ¿Cómo sabes que es músico?

—Pues… llevaba un estuche que supongo contenía un violín, señor. Vamos, yo juraría que sólo podía contener un violín. Por eso me pareció que es músico.

Brigitte y Número Uno cambiaron una mirada, pero acabaron por encoger los hombros. Pietro los veía por el retrovisor panorámico, y sonreía.

—¿Cómo debo llamar a la señorita, señor? —preguntó.

—Angela —murmuró Uno—. Solamente Angela.

—Oh, se llama igual que el señor… ¡Qué coincidencia! ¿Vamos a ir los tres a ver al señor Nikopoulos, señor?

—No. Tú no vendrás, Pietro.

—¿Cómo? Pero, señor…

—Te apearás del coche en Catania, te irás a tu casa, y nosotros seguiremos hacia esa villa. ¿Cuál es la dirección?

—Víale Salvatore, 77. Está fuera de la ciudad. Es una villa pequeña; pero muy bonita, cerca de la playa. El jardín…

—La encontraremos —cortó Número Uno.

Habían pasado una sola vez por delante de la villa, conduciendo Número Uno, y lanzando una penetrante mirada de inspección Brigitte. En la casa había luz, en una ventana, y todo parecía en paz, en calma absoluta. Era ya de noche, de modo que no podía ver si había alguien en el jardín. No pudo ver nada, salvo la luz en una ventana.

Uno detuvo el coche más allá, y miró con cierta sonrisa hosca a su amada.

—¿Y bien? —preguntó.

—No me gusta.

Él asintió con la cabeza.

—Estamos de acuerdo —musitó—. De modo que me esperarás aquí.

—¿No sería mejor al revés? Si es una trampa, la han tendido contra ti. De modo que si llega una muchacha que dice estar vendiendo… libros, por ejemplo, lo máximo que puede ocurrir es

que la despidan rápidamente. ¿Vas a discutir mi lógica?

—No. ¿Radio, pistola…?

—Todo preparado —sonrió ella; le besó en los labios, dulcemente—. Acostúmbrate a no temer por mí de una vez.

—Lo mismo te digo —susurró él.

La besó, ella sonrió, y se apeó.

Un minuto después, estaba ante la puerta de la casa. Pulsó el timbre, y dentro de la casa se oyó con toda claridad la llamada… Un minuto más tarde, volvió a llamar, pero tampoco esta vez hubo respuesta. Lo más sensato, indiscutiblemente, era dar media vuelta y marcharse. Ya reunida con Número Uno, entre los dos podrían afrontar cualquier cosa, en el supuesto de que no optasen por marcharse, simplemente. Pero… ¿lo iban a hacer? ¿Tan simplemente?

Por costumbre, Brigitte empujó la puerta con un dedito, y la puerta cedió, silenciosa, suavemente. Quedó abierta unos pocos centímetros, y, por esa ranura, se vio, al fondo, la puerta de la habitación en la cual había luz.

Brigitte deslizó una mano bajo su falda, y despegó la pistolita del muslo izquierdo. Luego, con la mano de este lado empujó la puerta y se apartó, apercibida la pistola en su diestra.

Silencio y quietud.

Entró en la casa, llegó ante la abierta puerta del cuarto que tenía encendida la luz, y se asomó cautelosamente, siempre lista para disparar a la menor señal de peligro. Pero no había ninguna señal de peligro.

Aquello era un saloncito, y no había nadie allí. Entró, mirando a todos lados muy atentamente; aunque no había nada allí que mereciese especial atención. Al menos, eso estaba pensando Brigitte, hasta que, de pronto, al rodear el sofá hacia la parte delantera, vio al hombre tendido en el mueble. Reaccionó velozmente, adelantando la pistola, encogiéndose, desplazándose a un lado. Pero era innecesario, porque no podía llegarle peligro alguno por parte de aquel hombre. Al menos, eso parecía. Estaba dormido, o algo así.

Se acercó a él, miró su rostro plácido, su expresión serena, en reposo absoluto sus facciones. Le tomó una mano y sus deditos buscaron el pulso. No necesitó mucho para comprender que el

hombre no estaba dormido, sino… algo así. Algo parecido: estaba muerto. Pero sin violencia, sin señales de golpes o heridas de cualquier clase. En cuanto a su piel, estaba todavía caliente, de modo que no debía hacer mucho que había muerto. Como máximo, una hora. O sea, poco después de que Pietro debió llamarle por teléfono, para decirle que Número Uno, en principio, aceptaba una entrevista.

¿Un colapso cardíaco? Parecía posible, desde luego. No hacía aún dos semanas, el general Charles de Gaulle había fallecido haciendo un solitario ante la televisión. Así, sencillamente, le había llegado la muerte. ¿Por qué no podía haberle ocurrido lo mismo a aquel hombre?

Estaba vestido de calle, así que Brigitte buscó en sus bolsillos algo que pudiera orientarla. Y lo encontró. Aquel hombre era, ciertamente, Heracles Nikopoulos, según constaba en su documentación. Dinero italiano, carnet de conducir. Lo corriente. Debía haber tenido unos cuarenta y cinco o cincuenta años.

Se incorporó de junto al cadáver, dejándolo todo tal como lo había encontrado. Iba a recoger su maletín del suelo, para llamar a Uno y ponerle al corriente, cuando vio el estuche del violín, sobre un sillón. Se acercó, lo tomó y lo abrió.

Un violín, eso era todo.

Brigitte volvió a adherir a su muslo la pistolita, se inclinó para tomar el violín…, y de pronto, se enderezó mirando vivamente a todos lados.

Nada.

No sucedía nada. No se había producido ruido alguno, nada se había movido.

No sucedía nada.

Pero los ojos de la divina espía se fueron entornando, en una expresión hostil de desconfianza. Y dentro de ella, cada vez con más intensidad, seguía… sonando aquella especie de timbre de alarma, aquel presentimiento opresivo de que algo no iba bien, de que algo iba a suceder. Recogió el maletín, sacó rápidamente la radio y la accionó.

—Sí —oyó el susurro de Uno.

—No vengas.

—¿Qué ocurre? —Se crispó la voz de él—. ¿Estás…?

—Estoy bien, pero no vengas. Yo voy a salir… de este lugar. Es todo.

Cerró la radio, la guardó, cerró el maletín, cerró también el estuche que contenía el violín… y la habitación le pareció, de pronto, un bombo girando a toda velocidad, un bombo dentro del cual estaba ella, naturalmente. Por un instante, el bombo dejó de girar, y su visión se aclaró; lo justo para que viese el suelo muy cerca de sus ojos. Apoyó las manos, intentó incorporarse, y esta vez el bombo dio un giro más terrible, más veloz; todo fue de color negro y amarillo, antes de que el único color dominante fuese solamente el negro, y ella se sintiese caer, a una velocidad angustiosa, en aquel profundo, tenebroso pozo del desvanecimiento.

En el coche, Angelo Tomasini volvió a mirar su reloj, mientras una mueca de inquietud aparecía en su rostro. Todavía esperó medio minuto más. Luego, con gesto brusco, salió del coche, y caminó decididamente hacia la casa.

Llegó a la puerta abierta y vio la luz al fondo. Sacó su imponente automática y, sin vacilar, entró en la casa, deslizándose hacia la habitación donde había luz. Se colocó a un lado, echó un vistazo al interior… y lo primero que vio fue a Brigitte, tendida de bruces en el suelo, muy cerca de un sofá vuelto de espaldas a él.

El rostro de Número Uno perdió bruscamente su magnífico tono bronceado; su mano apretó en una fortísima crispación la culata de la pistola. Sus ojos quedaron fijos en el adorable rostro vuelto hacia él, cerrando los ojos plácidamente, en un gesto de dulce y profundo sueño.

—Mueve un dedo si puedes oírme —dijo Uno en voz alta.

Ningún dedito de Brigitte se movió. Pero, desde allí, Uno vio claramente el movimiento del torso de la espía, en lenta y profunda respiración; respiración de atleta, con cincuenta y cinco latidos de corazón por minuto aproximadamente. Estaba viva, y eso era lo importante. Pero, evidentemente, la habían golpeado, o desvanecido de un modo u otro. Ahora, ella era el cebo que esperaba la presencia de la presa. Y la presa era él, Número Uno.

Encajó las mandíbulas, y entró en el cuarto, sin mirar a ningún lado. ¿Acaso podían hacerle algo peor que privarle para siempre de Brigitte? Llegó a su lado, vio el cuerpo de Heracles Nikopoulos, pero ni siquiera un destello de interés apareció en sus ojos. Se arrodilló

junto a Brigitte y la alzó reclinándola en sus brazos. Puso una mano sobre el corazón y suspiró al comprobar que no se había engañado: latía con la misma fuerza de siempre, con aquella fuerza que tantas veces había notado contra su propio pecho.

La besó en los labios, dulcemente, y, de pronto, alzó la cabeza y miró alrededor. Alejó de sí la pistola y alzó la diestra.

—De acuerdo —dijo con voz clara y fuerte—; si la dejamos a ella al margen de esto, estoy dispuesto a ser razonable…

La habitación se convirtió de pronto en un bombo giratorio, y Número Uno se tambaleó, siempre sosteniendo a Brigitte en sus brazos. Sacudió la cabeza, la visión se aclaró un instante, y en seguida, el bombo volvió a girar, con los dos amantes dentro.

Cuando Número Uno se derrumbó, al fin, Brigitte Montfort continuaba fuertemente sujeta, protegida, entre sus brazos.

Capítulo IV

Cuando despertó Número Uno vio a Brigitte delante de él, tendida en una cama. Inmediatamente comprendió que él estaba en otra, separada de la que ocupaba Brigitte por unos pocos pasos. Se sentó en su cama, se puso en pie, y tras comprobar que su estabilidad, era completa, se acercó a su amada. Se arrodilló juntó a la cama, puso una mano sobre el seno izquierdo de Brigitte, y suspiró profundamente; estaba viva. Lo demás, ya se solucionaría. Puso su boca sobre los dulces labios.

—Evidentemente, la ama usted mucho.

Uno se volvió velozmente hacia su cama. Al otro lado, de modo que había estado a espaldas de él cuando despertó, había un hombre, sentado en un sillón, mirándole apaciblemente, casi con simpatía. Un hombre… notable. Muy notable.

Debía tener no menos de setenta años, a juzgar por la blancura absoluta de sus cabellos, que llevaba muy largos, incluso más abajo de los hombros. El contraste entre los blancos cabellos y el bronceado rostro arrugado era asombroso, casi desconcertante. Pero, más desconcertante aún, resultaban los ojos grandes, azules, limpios, con un brillo juvenil, con destellos de profunda inteligencia. El rostro era seco, anguloso, de boca grande, sonriente, amable. Su cuerpo era flaco y menudo, en contraste con la cabeza, grande, pero no desproporcionada. Su indumentaria consistía en unos viejos pantalones, un raído jersey y unas sandalias muy deterioradas. Parecía un mendigo paternal y bondadoso, con tanta personalidad que era imposible no percibirla, no sentirla en uno mismo desde el primer momento.

—Así es —musitó Uno—; la amo. No sé si mucho o poco.

—Juiciosa explicación, habida cuenta de que el amor no es… como la mantequilla, que puede pesarse o medirse. Se ama o no se ama, eso es todo. Amar poco, no es posible. Si se ama, es suficiente.

¿Cree que sería bien acogida una idea respecto a… medidas para el amor? Vamos a suponer que la medida, la unidad del amor fuese algo llamado… no sé… Amogramo, por ejemplo. Entonces, usted podría haberme replicado: la amo cien mil billones de amogramos. Eso me daría una idea de su mucho amor por la señorita.

—Pero falsa —sonrió secamente. Uno—, porque cien mil billones de amogramos no creo que fuese el tope de la intensidad de amor, ¿verdad?

—No —sonrió el anciano benévolo—. No habría tope. De modo que los humanos nos dedicaríamos a una… olimpiada del amogramo, a ver qué hombre, qué mujer, o qué pueblo, era capaz de amar más y más profundamente. Y jamás habría un vencedor absoluto, porque en la siguiente olimpiada podría aparecer un hombre, una mujer o un pueblo, que venciese el récord de la olimpiada anterior… aunque sólo fuese por un amogramo.

Número Uno asintió con la cabeza, mientras sus ojos giraban en una rápida inspección del lugar. Estaba, sencillamente, en una habitación con dos camas, un armario, dos sillas, un pequeño cuarto de baño cuya puerta se veía abierta. No había ventana. Sólo la puerta del baño, y otra, que debía ser la salida. Entre las dos camas, había una mesilla de noche, en la cual reposaban los objetos personales de Brigitte y suyos, a excepción de las pistolas. El maletín se veía en el suelo, apoyado en las patas delanteras de la mesilla. De ésta, tomó un cigarrillo, lo encendió, y, mientras expelía el humo, volvió a mirar al anciano.

—¿Usted es Heracles Nikopoulos?

—No. Heracles Nikopoulos murió anoche, en aquella villa de Catania.

—¿Le mató usted?

—Indirectamente.

—¿Indirectamente?

—Me robó un violín, y envié a dos de mis amigos a recuperarlo. Tuvieron que perseguirle primero a Roma, luego a Catania… Mis amigos comprendieron que había entrado en tratos con alguien, de modo que le vigilaron bien, y después que Heracles recibió la llamada informándole que ese alguien importante había llegado y que le iría a ver a la villa, fueron allí y le mataron, con un gas… dulce, inodoro. Detesto la violencia.

—¿De veras? —replicó mordazmente Uno.

—Se lo aseguro. ¿Acaso usted y la señorita han sufrido daño alguno?

—Parece que no. Pero sí lo ha sufrido Heracles Nikopoulos, según mi entender. ¿O considera que la muerte no es… ningún daño?

—Sí, sí, lo es, por supuesto. Sin embargo, la muerte de Heracles era necesaria. Se había llevado uno de mis violines, y yo sabía a qué podía… destinarlo. Desde luego, a nada bueno, dada su ambición… No me cabe la menor duda de que habría intentado venderlo. Seguramente a usted, señor Tomasini. Para preguntarle eso, mis amigos le tendieron la pequeña trampa con gas en la villa que ocupaba Heracles.

—Entiendo.

—Así es mejor. ¿Cuánto o qué le pidió Heracles por mi violín?

—Temo que se está confundiendo: no me pidió nada. Ni tenía yo la menor noticia sobre sus violines… Lo que pasó fue que Heracles Nikopoulos me buscó, para ofrecerme un trabajo por el que, según mis amigos, estaba dispuesto a pagar dos millones de dólares.

—¿Eso es todo lo que puede decirme?

—Sí, todo.

—Ah… Bien, si lo hubiera sabido no le habríamos traído aquí, señor Tomasini. Lo lamento.

—Disculpas aceptadas —deslizó un tanto irónicamente Uno—. ¿Podemos marcharnos ella y yo?

—Por el momento no.

—¿Podemos saber dónde estamos, al menos?

—Tampoco. Dígame, señor Tomasini: ¿por qué Heracles recurrió a usted? ¿Se conocían de antes, quizá?

—No. En cuanto a su primera pregunta, supongo que Heracles había oído hablar de mí, y le pareció que era la persona adecuada para el trabajo que él quería que se llevase a cabo.

—Según su documentación, usted se llama Angelo Tomasini… ¿Es un hombre famoso, señor Tomasini?

—En mi círculo, sí; se dice que soy el mejor.

—Y… ¿cuál es su círculo, su… ambiente profesional?

—El espionaje.

El anciano parpadeó. Luego, se le quedó mirando fijamente

durante unos segundos. Por supuesto, estaba pensando, absorto. Y si su inteligencia real era igual a la aparente, debía estar obteniendo muy interesantes conclusiones. Sólo que Número Uno, que ignoraba todo sobre aquel asunto, no podía tener la menor idea sobre esas conclusiones. Por fin, el anciano musitó:

—Entiendo que es usted un hombre de acción.

—En efecto.

—En tal caso, sin duda sería capaz de, pongo por ejemplo, realizar una incursión en propiedad ajena, llegar como fuese hasta el objetivo, robarlo, y marcharse con el botín.

—Lo he hecho muchas veces.

—¿No sabe si Heracles Nikopoulos quería proponerle algo así?

—No; no lo sé.

El anciano señaló con la mirada a la dormida Brigitte.

—¿Qué me dice de ella?

—Es una periodista americana, amiga personal.

—¿Amiga? —sonrió el anciano.

Número Uno frunció el ceño.

—Ella no tiene nada que ver en esto. Simplemente, quiso acompañarme.

—Usted elige sus compañías, señor Tomasini. La señorita Montfort llevaba una pistola y una graciosa radio de bolsillo en su maletín-tocador. Imagino que eso la convierte en una especie de ayudante, ¿no está de acuerdo?

—Déjela marchar y usted y yo llegaremos a un acuerdo, señor… señor…

—Tristán. Simplemente, Tristán. Le aseguro, señor Tomasini, que nada me complacería tanto como poder dejarlos marchar a los dos, pero no me atrevo a hacerlo, por el momento. He pasado unos días de inquietud desde que Heracles me robó uno de mis violines, y quisiera… disponer de algún tiempo para reflexionar.

—Le aseguro que no me interesan sus violines, Tristán.

—¿Debo entender que no le gustan?

—¿Cómo…? Oh, sí, por supuesto… Pero puedo comprarme un violín siempre que quiera, y de buena calidad. ¿Por qué he de robar los suyos?

Tristán sonrió bondadosamente.

—Usted está pensando que estoy loco, ¿no es eso?

—Empiezo a temerlo.

Tristán se echó a reír, de un modo agradable, y se puso en pie. Parecía un venerable trotamundos, afable, cariñoso. Menudo, desarrapado, físicamente una piltrafa en comparación a Número Uno.

—¿Le gusta tocar el violín, señor Tomasini?

—Apenas sé pulsar las cuerdas en acompañamiento.

—Ah, es una lástima… ¿Y ella? —señaló a Brigitte.

—Ella sí sabe. Aunque no demasiado… Es un pasatiempo, un *hobby*.

—Aunque así sea, la señorita Montfort revela ya una cierta… delicadeza de espíritu por haber aprendido a tocar el violín. ¿Cree que aceptaría acompañarme en alguna sonata o una czarda…? Comprendo que la situación de ustedes no es la más adecuada para andarse con músicas, pero…

—Si lo que usted está buscando es una persona capaz de ponerse a tocar el violín cuando, según todas las evidencias, está esperando ser asesinada, creo que la ha encontrado. Pero le diré una cosa, Tristán: si usted está pensando en algún modo… refinado de perjudicar a Brigitte Montfort, será mejor que antes me elimine a mí, porque si le llego a poner las manos encima…

—Señor Tomasini, está usted hablándome como si yo fuese… un rufián. Y soy el Dios de las Bondades.

—¿El qué? —mascullό Uno.

—El Dios de las Bondades. ¿No le sugiere nada el nombre?

Uno frunció el ceño, hoscamente, y sus negros ojos parecieron querer perforar los azul claro de Tristán.

Seguro que aquello le sugería algo: aquel anciano estaba loco. Sin duda alguna.

—No olvide lo que le he advertido —musitó roncamente, al fin—: si usted le hace daño, y yo llego hasta usted, le arrancaré la cabeza… ¿Lo entiende? Así que asegúrese de que me tiene bien encerrado y vigilado por sus asesinos, pues de otro modo…

—¿De qué está usted hablando? Yo no dispongo de asesinos, sino de amigos. En cuanto a estar encerrado, ¿quién le ha dicho que lo está? Puede salir de aquí cuando guste, señor Tomasini. Y ella también… Todo lo que he pedido es que me gustaría tocar el violín acompañado… Si eso no le gusta a su amiga, no la obligaré. Bien,

ya nos iremos viendo por aquí. Hasta luego.

Tristán fue a la puerta, la abrió, salió, y cerró tras él. Número Uno se apresuró a tirar del pomo de la puerta, y, para su desconfianza, pudo abrirla con toda facilidad. Dio un paso fuera de la habitación… y quedó como clavado en el suelo, contemplando los túneles de roca que se ramificaba hacia todos lados delante de él. En pocos segundos, se hizo cargo de la situación: estaban en unos subterráneos naturales que, en algunos puntos, habían sido aprovechados para acondicionar algunas habitaciones, pues pudo ver más puertas a derecha e izquierda de la suya, pero cerradas. Había grutas por todas partes y en todas direcciones, formando el más intrincado laberinto que había visto jamás. Sin embargo, uno de aquellos corredores estaba iluminado; muy precariamente, pero al menos servía para sugerir que aquél era el camino bueno para llegar… ¿adónde?

Regresó al interior de la habitación, que, como el pasillo, estaba provista de luz eléctrica, y se acercó a la cama. Estuvo unos segundos contemplando a Brigitte, antes de inclinarse hacia ella y besarla en los labios.

Notó el parpadeo de ella, y se apartó, mirándola, escrutándola.

—La Cenicienta despierta al recibir el beso del Príncipe, —rió la divina, rodeando con sus bracitos el cuello de Uno—. Pero me pareció que no perdía nada simulando dormir.

—Ese tipo está loco —masculló Uno.

—Y tú también. ¿Por qué has de ofrecerte como víctima con tal de que a mí me dejen marchar? A fin de cuentas, estás aquí por mi culpa, por mi insistencia en que aceptases la oferta.

—Vamos a olvidar eso.

—De ninguna manera. Insisto en que la culpa es mía.

—¿Qué te pasa? —refunfuñó Uno—. ¿Por qué siempre tienes que discutirme las decisiones?

—Porque no quiero dejarte aquí solo.

—Pues te irás. Si convenzo a ese chiflado, te irás de aquí. ¿Has sacado algo en claro de todo eso de los violines?

—No. Parece que tiene varios violines y que el tal Heracles Nikopoulos le robó uno… Pero yo no creo que esté loco.

—En el fondo, yo tampoco —gruñó Uno—: En realidad, cuando digo que está loco, es que me fastidia no entender lo que está

pasando. De todos modos, un poco chiflado sí tiene que estar, con todo eso del Dios de las Bondades… Algo loco sí está.

—Todos estamos algo locos —susurró Brigitte.

—Tú no.

—Yo también: por ti.

Le obligó a inclinarse más sobre ella, hasta que pudo besarle. Pero Uno la apartó en seguida, y la miró hoscamente.

—Tienes tanta confianza en tu suerte, que cualquier día no podrás salir de la trampa. Yo creo que no deberíamos perder tiempo en marcharnos de este lugar.

—Eres un antipático —reprochó dulcemente Brigitte—. Pero si fueses un simpático pegajoso seguramente no te amaría tanto.

Uno la tomó en brazos y la sacó de la cama. Los dos estaban vestidos, así que sólo tuvo que dejarla en el suelo y ambos caminaron hacia la puerta abrazados por la cintura.

Sus imágenes se veían clarísimamente en la pantalla de televisión que Tristán estaba contemplando, sonriente.

—Son muy hermosos los dos, ¿verdad, Luigi?

—Sí, señor. ¿Qué hacemos con ellos? Hablan como si estuvieran convencidos de que van a poder marcharse tranquilamente de la isla. Quizá deberíamos encerrarlos…

—No, no. Déjalos que se convenzan por sí mismos. Mientras no lleguen nuestros financieros, quiero que Angelo y Brigitte gocen de toda libertad y tranquilidad.

—Ese hombre parece muy peligroso, señor.

—Depende, Luigi, depende.

—Lo creo muy capaz de hacer cualquier barbaridad. Debe tener una potencia física espantosa…

—Hablas como si fueses un alfeñique, Luigi… Y mides dos metros y pesas ciento treinta kilos. Suficiente para no tenerle miedo a nadie, creo yo.

—Es que ese hombre… No sé… No me gusta.

—Pues a mí sí —susurró Tristán—. Me gustan mucho los dos. Son… raros.

—¿Raros, señor? —se sorprendió Luigi.

—Sí, raros. Extraños, diferentes. ¿Tú no lo notas?

—Pues no… No.

—Deberías fijarte mejor en esa pareja. Cómo hablan, cómo se

entienden, cómo reaccionan… No hay en ellos nada artificial, Te aseguro que son raros, Luigi.

—Quizá están fingiendo, señor.

—Quizá —susurró Tristán—. Pero lo sabremos pronto. Vamos a ponerlos a prueba, y si están fingiendo… peor para ellos.

En la pantalla ya no se veía a Número Uno y a Brigitte. Tristán cerró las dos puertecitas del viejo mueble que tenía un cierto aspecto de biblioteca, y fue a sentarse a la mesa, en la cual había un plato con pedazos de queso y medio pan. Eso era todo. Alrededor, en el comedor-sala de estar de aquella vieja casa, todo era pobre y sencillo; algunas sillas, una vieja radio, libros, unos viejos sillones deteriorados.

—¿Puedo retirarme, señor? —musitó Luigi.

—Sí, sí… Ve a hacer tus cosas.

Luigi salió de la casa, y Tristán cortó un pedazo de pan y un poco de queso.

—Me gustaría que de verdad fuesen como parecen —susurró—. Porque si no…

Capítulo V

Cada vez se veía más claridad en el pasillo subterráneo, y, por fin, Brigitte y Uno se encontraron fuera de aquel laberinto de grutas, guiñando los ojos al sol. Adelantaron unos pasos más, y se detuvieron, todavía abrazados por la cintura. A los pocos segundos, sus pupilas se habían acomodado lo bastante a la refulgencia del sol, de modo que pudieron echar un vistazo a su alrededor.

Según todas las apariencias, estaban en una isla.

No parecía demasiado grande, y, en el centro, se veía una hermosa villa, grande, con el tejado rojo, rodeada de pinos. Más cerca de ellos, muy espaciados, se veían olivos, bajo los cuales, un rebaño de ovejas triscaban apaciblemente. Brigitte y Uno se miraron, y se echaron a reír.

—¿El Paraíso? —preguntó ella.

—Yo más bien diría que es una de las Islas Lípari. El día es hermoso y claro, y podemos ver más islas a nuestro alrededor.

—En una isla, rodeados de islas… Maravilloso. Pero ya estuve no hace mucho en un lugar parecido… y las cosas terminaron mal. Para algunos, claro.

—De todos modos, la situación es bucólica. Allí veo una casa mucho más modesta. ¿Adónde vamos primero? ¿A la gran villa o a la casa?

—A la casa modesta. Será más fácil encontrar comida ahí que en una casa grande… ¿Cuánto calculas que hace que nos durmieron con el gas?

—Veamos… Por la altura del sol deben ser las… doce, más o menos. Eran las siete y pico, quizá las ocho… Pues quince o diecisiete horas, ¿no te parece?

—Tiempo más que suficiente para que, en lugar de estar en las Lípari, estemos en cualquier isla griega, por ejemplo.

—Sí, es posible. Yo también tengo hambre; vamos a la casita.

Se acercaron a la pequeña y casi ruinosa construcción que se veía entre los olivos. A medida que se acercaban, iban viendo la villa más y más grande, con más detalle. Ciertamente, una villa de aquel lujo y tamaño en semejante lugar solamente podía obedecer al capricho de un millonario. También a medida que se acercaban, vieron algunos hombres rondando los jardines de la villa, y un par que parecían cuidarse de las ovejas, que se desparramaban libremente, siempre triscando la amarillenta hierba y secas matas. Estaban muy cerca de la casa ya cuando vieron al gigante. Un tipo pelado, de rostro adusto y diminutos ojos negros, hombros colosales, que los miró en silencio, apoyado en el tronco de un olivo.

—Qué barbaridad —rió Brigitte—. ¡Ese es más grande que tú, querido!

—No parece que lleve armas.

—¿Para qué las quiere? Saben que no podemos marcharnos de la isla. Bueno, ciertamente, podríamos hacerlo a nado, pero, la verdad, no me seduce la idea de nadar algunas millas en noviembre. ¿Y a ti?

—Por ahora, tampoco —sonrió Uno.

Pasaron cerca del gigantesco sujeto, y Brigitte alzó una manita.

—Buenos días —saludó.

El hombre no contestó, y ellos siguieron caminando hacia la pequeña casa. Brigitte volvió ligeramente la cabeza, y vio al gigantón caminando tras ellos.

—Nos sigue —dijo.

—Quizá espera que le echemos algún hueso.

La divina espía volvió a reír. Se tomó de la mano de Uno, exclamando:

—Esto es lo bueno de ti, mi amor: tu humor mejora notablemente cuando estás… trabajando. Al contrario de la mayoría de las personas.

Llegaron sonriendo ambos a la casita, cuya puerta estaba abierta. Entraron y vieron a Tristán sentado a la mesa, comiendo pan y queso, mirándolos amablemente.

—¿Gustan? —ofreció.

Brigitte se sentó a la mesa, sonriendo, y comenzó a comer pan y queso, apaciblemente. Número Uno sin alterarse, apretó el botón que le pareció adecuado. A los pocos segundos, la pantalla se

iluminó y mostró el cuarto en el cual habían despertado ellos. Había más mandos, botones numerados. Pero Uno no pareció sentir el menor interés por ellos. Fue a sentarse a la mesa.

—Verdaderamente, debe ser usted un espía de gran clase, señor Tomasini —dijo Tristán—. Y la señorita también. ¿Quieren vino? Es muy bueno.

—Me encanta el vino italiano —dijo Brigitte.

Y comenzó a beber, echándose un fino chorrito en la boca directamente desde la botella. Mientras tanto, Uno, masticando pan y queso, miraba con el ceño fruncido a Tristán.

—Escuche, anciano —murmuró—, no queremos hacerle daño, se lo digo sinceramente. Pero las cosas van a ir muy mal aquí si nosotros no tenemos pronto un vehículo de cualquier clase para marcharnos… ¿Lo entiende?

—Todavía no puedo dejarles marchar, lo siento.

—No se trata de lo que usted pueda o quiera, sino de lo que queramos nosotros. Usted se queda con sus violines y nosotros nos vamos…

—Lo lamento, señor Tomasini: no.

—El vino está bien —dijo Brigitte, tendiendo la botella a Número Uno—. Ya verás; pruébalo.

Número Uno terminó de masticar, se puso en pie, bebió un trago de vino, y aprobó con la cabeza. Sus negros ojos, como puntas de lanza, se clavaron en los del anciano. De pronto, alargó la mano izquierda, le asió por la pechera, y lo levantó de la silla como si fuese un muñeco sin peso. Manteniéndole colgado de aquella mano, lo acercó a su rostro, colocándole el puño derecho, enorme, nudoso, ante las narices.

—Mire, Tristán, la paciencia que…

—Déjelo —se oyó una aguda voz en la puerta—. ¡Déjelo inmediatamente!

Todos miraron hacia allí, y vieron al gigantesco sujeto, que estaba en el umbral, en la posición de un gorila listo para el ataque. Era cómico el contraste entre su tamaño y su voz. Número Uno volvió a mirar al suspendido Tristán.

—No queremos hacer daño a nadie, así que dígale a este oso que vaya a buscar miel a otro sitio.

—¡Le digo que lo deje! —chilló agudamente el gigantón—.

¡Déjelo en seguida, o le hago pedazos…!

Se abalanzó hacia Número Uno con la torpe velocidad pero la gran potencia de un auténtico oso, abriendo los brazos, mascullando amenazas en italiano. La primera persona en reaccionar fue Brigitte. Se puso en pie, se colocó en el camino del gigantón, se apartó de pronto, pero dejando un piececito clavado en el suelo, y, al mismo tiempo que Luigi tropezaba con aquel pie, la mano derecha de Brigitte, lo asía por la ropa de una manga, daba un fuerte tirón, y el gigante describió una vuelta en el aire, cayendo de espaldas ante ella. Luigi lanzó un bramido, se puso en pie con lo que parecía un salto, y se lanzó hacia Brigitte, desoyendo las órdenes de Tristán.

Debió escucharlas y obedecerlas.

Esta vez, el batacazo fue mucho peor; pues cuando estaba dando el paso que le colocaría lo bastante cerca de Brigitte para darle un zarpazo, la espía movió su pierna derecha, su pie encontró el izquierdo de Luigi, lo «barrió» y el colosal sujeto cayó de nuevo de espaldas y cabeza, resonando ésta fuertemente en el piso. Todavía se puso en pie otra vez, es decir, lo intentó solamente, ya que cuando estaba de rodillas, Brigitte se acercó a él, blandió su manita izquierda, y la dejó caer en la nuca de Luigi. Éste lanzó un bramido, se tambaleó, insistió en levantarse y Brigitte, tras mirar asombrada su mano, la volvió a lanzar, ahora en un lado del cuello. Esta vez Luigi se desplomó fulminado.

Brigitte se puso la mano bajo el sobaco izquierdo, sonriendo.

—¡Qué bárbaro…! Casi me rompo la mano.

Número Uno volvió su mirada a Tristán, que contemplaba con expresión desorbitada a Brigitte.

—Pues yo voy a probar si mi puño se rompe en la cara de este chiflado —masculló—. A menos que nos diga ahora mismo cómo salir de aquí. ¿Me está oyendo?

Tristán volvió sus desorbitados ojos hacia él.

—No… no hay medio alguno ahora…

—Está mintiendo. Pero yo no; si no me dice…

—Déjalo —sonrió Brigitte, mordisqueando de nuevo pan y queso —. Puedes hacerle daño, mi amor.

Uno miró hoscamente al anciano, y, finalmente, refunfuñando, lo dejó en la silla. Volvió a sentarse y siguió comiendo.

—Al fin y al cabo —dijo—, él nos está fastidiando a nosotros.

—No nos hace nada malo —sonrió Brigitte—. ¿Por qué protestas? No le habrías pegado aunque yo te lo hubiera pedido.

—No estés muy segura.

—Vamos, vamos, mi amor… Yo te conozco bien. Oye, ¿verdad que el vino es bastante bueno?

—Prefiero el chianti.

—Ah… Bueno, desde luego. Pero últimamente, el chianti me cansa un poco. Intenté adoptar un vino griego, pero, francamente, prefiero las cosechas españolas.

—Le diré a *mamma* María que vea si lo encuentra en La Valetta. ¿Qué vino es?

—Priorato. Ya le apuntaré yo misma la marca a *mamma* María.

—Está bien. Y una cosa: recuerda que tú eres la causante de que estemos aquí, de modo que los días que transcurran no entran en la cuenta de tu visita.

—Tengo muy buena memoria. Además, me encanta estar contigo.

—Quizá sea cierto —refunfuñó Uno—. Pero siempre nos metemos en líos qué nada nos importan. Y lo que yo quiero…

Brigitte se puso en pie, le pasó los brazos por los hombros y lo besó.

—Sé muy bien lo que quieres… Y nunca te he negado nada… Y ahora, termina de comer y vamos a ver la villa. Quizá allí ocurran cosas más interesantes que aquí.

Todavía refunfuñando, Uno se puso en pie, sin que Brigitte se hubiese soltado de su cuello, de modo que quedó colgada, riendo. Se dejó caer, se abrazó a su cintura, y ambos se dirigieron hacia la puerta.

Estupefacto, atónito, boquiabierto, Tristán permaneció sentado en la silla, mirándoles hasta que desaparecieron de su radio visual. Por fin, parpadeó rápidamente, y se quedó absolutamente desconcertado. Era como si él no hubiese estado allí, no le habían hecho el menor caso después que decidieron no hacerle daño. Habían estado hablando como si se hallasen solos en el mundo.

Se puso en pie y se fue tras ellos, hacia la villa.

Brigitte y Uno se reunieron en el salón después de examinar la villa, cada uno por un lado. Había diez habitaciones, cuatro cuartos de

baño, una cocina espléndida, despacho, salón. Desde el ventanal del salón se veía la piscina, que recibía agua de mar por bombeo. Cerca de la casa había flores; y los pinos, verdes, lustrosos, proporcionaban frescas sombras. El salón, como el resto de la casa, estaba decorado y amueblado con gran gusto, sin reparar en gastos. Durante su recorrido por la casa, habían visto a dos sirvientes; un cocinero, una especie de mayordomo, y, desde las ventanas, un jardinero. Nadie les había puesto obstáculo alguno en ningún sentido. Más bien los habían contemplado con indiferencia que casi resultaba irritante.

—Me gustaría saber quién vive aquí —dijo Uno.

—¿Qué más da? —Brigitte señaló su maletín—. Tengo la radio aquí, mi amor. Puedo colocar la extensión y llamar: seguramente, cualquier Simón recibiría el mensaje y podrían venir a buscamos.

—La idea es buena —admitió Número Uno—. Pero este asunto es mío, no tuyo, ni de la CIA. Yo decidiré cuándo y cómo salimos de aquí.

—Eres tan orgulloso —sonrió Brigitte—. Pero acepto: veamos cómo te las arreglas.

Uno se sentó en otro sillón, vio una cajita sobre una mesa redonda y la abrió, dejando visibles los cigarrillos.

Tomó uno, mientras de la caja brotaba una deliciosa y suave música de violines.

—Borodin: «El Príncipe Igor» —dijo Brigitte.

—Me gusta, a violines —asintió Uno—. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Uno encendió dos y tendió el primero a Brigitte: Se quedaron los dos en silencio, fumando, escuchando, a violines, «Las Danzas del Príncipe Igor», del ruso Borodin. Cuando terminó la simpática audición, Brigitte tomó la cajita, buscó la llave debajo y comenzó a darle cuerda.

—¿Les ha gustado?

Ambos miraron hacia la puerta del salón, y Número Uno hizo un gesto de fastidio, mientras Brigitte sonreía amablemente a Tristán.

—Mucho —admitió—. ¿Es obra suya?

—Sí. Son grabaciones superpuestas de un solo violín.

—Admirable.

—Entiendo que usted toca el violín, señorita.

—A veces. Pero bastante mal. A propósito, Tristán; ¿qué es todo eso de los violines? ¿Tanta importancia tienen como para que usted ordene matar a un hombre porque le robe uno?

—Heracles Nikopoulos era malo.

—¿Por robar un violín?

—Mis violines no son… como los demás violines.

—¿Tocan solos? —se interesó Uno, mordazmente.

Tristán le miró en silencio, durante unos segundos. De pronto, fue hacia la librería, buscó entre algunos periódicos y separó uno que llevó a Angelo. Éste lo tomó y miró interrogante al anciano qué musitó:

—Página tres.

Número Uno buscó la página tres, mientras Brigitte, interesada, se colocaba de pie junto a él. Quedó visible la página tres en la cual, inmediatamente, destacaba en gruesos titulares una de las noticias:

DESCARADO ESPIONAJE RUSO EN ALTA MAR

«Un destructor del tipo Kotlin entra en colisión con el portaaviones británico Ark Royal, apareciendo a toda máquina de entre la niebla de la noche.

»Los diplomáticos rusos y británicos están intentando solucionar con gran tacto las consecuencias de esta incomprensible colisión, si bien, los británicos insisten en que, como en anteriores ocasiones, los barcos de guerra soviéticos les estaban espiando en sus maniobras, esta vez en el Mediterráneo. Aprovechando la oscuridad y la niebla, los barcos soviéticos se acercan todo cuanto pueden, pero la avería sufrida por el destructor en cuestión…».

Los dos dejaron de leer, pues ya conocían la noticia de tal colisión, y sabían que los rusos estaban tratando de explicar qué el

incidente era sólo debido a una incomprensible avería en las máquinas del destructor de su flota que había hecho un boquete en el portaaviones británico.

—Se refiere a esta noticia, supongo —dijo Uno.

—Sí.

—Bien… Es una noticia vieja —sonrió Brigitte—. Entiendo que una noticia es vieja cuando tiene más de tres días… ¿Tiene esto algo que ver con sus violines?

—En cierto modo. Yo provoqué esa colisión.

Brigitte y Uno se quedaron mirándole fijamente. Por fin, Uno dejó el periódico a un lado, miró a Brigitte y dijo:

—Ya te he dicho que está loco este hombrecillo.

—Y parece que bastante —sonrió Brigitte.

—¿No me creen?

—¿Por qué no? —replicó acremente Uno—. Usted dice que, nada menos, ha provocado una colisión entre un portaaviones y un destructor. Fácil. Sencillo… ¿Por qué no creerlo?

—Bueno… En realidad, no pretendía eso, pero algo falló en los mandos…

—En los mandos… ¿de qué? —se interesó Brigitte.

—¿Les gustaría ver toda mi instalación?

Brigitte y Número Uno cambiaron una mirada. Miraron a Tristán y volvieron a mirarse ellos. Por fin, Número Uno sonrió, cosa poco frecuente en él.

—¿Te importaría que fuésemos a la ópera otro día, amor?

—Pero ya sacaste las entradas… —arguyó Brigitte.

—Bah… Son sólo pedacitos de papel.

—El caso es que me había hecho la ilusión de ir a la ópera.

—Ah, bien… Si prefieres eso, no hay más que hablar: iremos a la ópera.

—Sin embargo, me parece que tú prefieres lo otro.

—No, no… Yo prefiero lo que tú quieras.

—Y yo lo que quieras tú… ¿Qué hacemos?

—Decidirá el que resista más tiempo.

—Oh, pero eso no es jugar limpio, mi amor… Tú siempre me ganas en eso.

—Haz un esfuerzo.

—Bien… Lo intentaré…

Uno se puso en pie, abrazó a Brigitte y la besó. Tristán, que había ido desviando los ojos de uno a otro a medida que tenían la palabra, llegó al total desconcierto nuevamente, cuando se inició el beso. Atónito, asistió al más largo beso de que tenía noticia… hasta que, por fin, Brigitte separó sus labios, se apoyó en el pecho de Uno y suspiró:

—Tú ganas, como siempre… Eres un tramposo.

—¿Te importa?

—No, no…

—Entonces, mi amor, iremos a ver las instalaciones de este chiflado. ¿Está bien?

—Está bien.

Uno miró a Tristán, que continuaba estupefacto, y movió una mano en gesto de autorización.

—Adelante, amigo: veamos su tinglado.

—¿Eh? ¿Qué?

—Que nos lleve a ver su instalación; dejaremos la ópera para otro día.

De pronto, Tristán se echó a reír.

—Síganme —exclamó—. Ustedes dos son extraordinarios, de modo que merecen ver algo extraordinario.

Otra vez abrazados por la cintura, Brigitte y Uno se pusieron en marcha detrás de Tristán, que les condujo hasta el despacho, confortable, grandioso, lujoso.

—¿De quién es la villa? —preguntó Brigitte.

—Mía —sonrió Tristán—. Me la regalaron unos amigos. Pero yo vivo mejor en la otra casa.

—Se comprende —dijo Número Uno.

Brigitte rió quedamente. De pronto, vio cómo Tristán apretaba un resorte en la biblioteca, y ésta se abría hacia adentro del despacho. Entonces, tras ella quedó visible una vitrina, en la que había no menos de dos docenas de violines.

—Uno de éstos fue el que se llevó Heracles Nikopoulos, y por eso tuve que privarle de la vida: Comprendí que no lo quería para nada bueno. Lo más razonable era pensar que quería venderlo… ¿No fue así, señor Tomasini?

—Ya le dije que no. Él quería encargarme un trabajo por el que me pagaría dos millones de dólares. ¿Era otro chiflado?

—No. Ni él estaba chiflado, ni lo estoy yo. Y ya he llegado a una conclusión respecto a las intenciones de Heracles Nikopoulos.

—Ah… Magnífico. ¿No quiere decirnos qué conclusión es ésa?

—Sí, sí… Él quería que usted se encargase de venir a, esta isla, para robarme los demás violines, posiblemente exterminarnos a mí y a mis amigos y hacerse dueño, finalmente, del Desconectador.

—¿Del qué?

—Del Desconectador. Heracles Nikopoulos era uno de mis financieros, conocía todos nuestros proyectos, pero, según parece, tuvo ideas propias… y muy diferentes a las de nuestro grupo, de modo que, como comprenderá, su vida no era nada comparado con lo que él podía ocasionar si conseguía apoderarse del Desconectador.

—Quizá deberíamos comprenderlo todo —sonrió Brigitte—. Pero lo cierto es que no comprendemos nada, Tristán.

—Oh, está bien, yo les iré explicando. Vean…

Abrió la vitrina, tomó uno de los violines y el arco correspondiente, y comenzó a tocar, con una dulce sonrisa en los labios, entornados los ojos en una expresión de éxtasis… A las pocas notas, se oyó un suave chasquido, y una puerta se abrió detrás del sillón que había ante la mesa.

—¿Qué les parece?

—«Movimiento Perpetuo» —dijo Brigitte—, de Paganini.

—Ah… Ustedes parecen entender de música, realmente. ¿Me pueden decir qué es esto?

Comenzó a tocar de nuevo, pero esta vez nada extraño sucedió. A los pocos compases, Brigitte alzó una mano y dijo:

—Tric-Trac, polka de Strauss, hijo.

—Magnífico… ¿Y esto?

De nuevo emitió su dulce música el violín. Número Uno alzó una mano.

—«Danza Vals de los Pequeños Cisnes»: Tchaikowsky.

—Espléndido. ¿Y esto otro?

Apenas había comenzado, Brigitte alzó su manita de nuevo.

—«Estudiantina», de Waldteufel.

—¿Y eso…?

Unos pocos compases, y Uno:

—«Marcha fúnebre para una muñeca», de Gounod.

—¿Y esto…? —Emitió unos compases.

—«Danza noruega número 2», de Grieg.

Tristán bajó el violín, por fin, y se les quedó mirando de un modo extraño.

—¿Estás ustedes casados? Quiero decir, el uno con el otro.

—No.

—Pero… ¿se aman, digamos… completamente?

—Desde luego. Oiga, ¿qué le pasa a usted? —Frunció el ceño Número Uno—. Nos contempla como si fuésemos bichos raros.

—En cierto modo, lo son.

—Debí golpearle —masculló Uno—. Se lo está ganando con creces.

—Espera al menos que nos enseñe sus instalaciones, y ese… Desconectador —sonrió Brigitte.

—Oh, sí —exclamó Tristán—. Vamos a bajar ahora mismo a verlo todo.

Cerró la vitrina, emitió unas notas que no formaban parte de ninguna obra conocida por Brigitte y Uno, y la biblioteca se cerró de nuevo ocultando los violines.

—Es usted un genio de la música —deslizó, Brigitte.

—Más bien, de la Mecánica y la Electricidad. Bajemos.

Señaló la puerta que se había abierto tras el sillón. Número Uno fue el primero en introducirse por ella, detrás de él Brigitte y, por último, Tristán, que volvió a tocar el violín y la puerta se cerró. Todo quedó completamente a oscuras, hasta que Tristán tocó de nuevo el violín y unas luces se encendieron, mostrando un corto pasillo a cuyo final parecía haber un pozo. Pero no era un pozo, sino el principio de un larguísimo tramo de peldaños que se perdía hacia las profundidades.

Capítulo VI

Finalmente, después de haber recorrido galerías que parecían no ir a terminar nunca, y que se iban iluminando a medida que Tristán tocaba el violín, llegaron a una gruta más amplia, que también quedó iluminada cuando el vejete volvió a tocar las mágicas notas que no formaban parte de ninguna composición conocida.

—Bien —dijo—: ya hemos llegado.

Brigitte y Uno miraron a su alrededor y cambiaron en seguida una mirada de inteligencia. Junto a ellos, había un pequeño lago, en el cual flotaban dos pequeñas lanchas blancas; al fondo se veía la gran cavidad por donde llegaba el agua del mar; desde la superficie del agua hasta el techo, de aquella gruta había no menos de dos metros, de modo que era fácil salir de allí con las lanchas. Fácil y lógico, pues sólo por allí podían haber entrado, procedentes del mar abierto…

—Si están pensando escapar, es mejor que lo olviden —dijo amablemente Tristán—; jamás podrán conseguirlo.

—Preferimos ver el Desconectador —dijo Brigitte, sonriendo.

Tristán asintió con la cabeza, y de nuevo tocó el violín. En la pared de roca un trozo de ésta se movió, dejando visible una abertura. Nuevas notas de violín, y al fondo brilló una iluminación perfecta. Tristán señaló hacia allí y los dos espías entraron.

Se quedaron mirando la enorme mole metálica que había en aquella gruta completamente cerrada, según parecía, a excepción de la puerta que se abría con música. Ocupaba todo el fondo de la gruta y se veían paneles de mandos en su parte frontal; esferas, indicaciones, termostatos, luces… Debía pesar no menos de doscientas toneladas y su aspecto era entre sorprendente, grotesco y admirable.

—¿Es el Desconectador? —preguntó Brigitte.

—Sí.

Número Uno le miró con cierta benevolencia.

—¿Para qué sirve?

—Para desconectar los mandos de cualquier vehículo en su parte eléctrica. El Desconectador emite unas microondas de radio, con una frecuencia desconocida para cualquiera que no sea yo, y esas microondas, dirigidas desde los mandos en una sola dirección, pueden dejar sin gobierno cualquier buque, avión, o vehículo de cualquier clase que disponga de dispositivos eléctricos. Entiendan bien que no le privan de su fuerza motriz, sino de las… órdenes a los mandos que llegan por conductos eléctricos. Por ejemplo, en el caso del destructor ruso no tuvieron la menor culpa en ello. Ciertamente, estaban muy cerca, espiando las maniobras de la Armada de Su Majestad, pero de eso a provocar una colisión…

—¿La provocó usted? —susurró Brigitte.

—Sí, pero hubo un pequeño fallo que ya corregí. Precisamente cuando estaba dedicado a ello, Heracles Nikopoulos aprovechó para salir de este lugar, regresar con una linterna y robarme uno de los violines… Cuando me di cuenta, ya era tarde, y no tenía tiempo de hacer funcionar el Desconectador en los mandos de la lancha… Aparte de que aún no estaba seguro de que funcionaba bien, y no quería provocar una catástrofe. Lo de esa colisión en alta mar, les aseguro, fue un fallo… Lo que yo quería era enviar al destructor ruso hacia la costa, de modo que quedase apresado entre los escollos.

—¿De verdad puede conseguir eso? —Frunció el ceño Uno.

—Sí.

—¿Y para qué? —musitó Brigitte—. ¿Qué pretende?

—Hacer una demostración de fuerza. Asustarles.

—¿A quiénes? ¿Para qué?

Tristán miró de uno a otro. Estuvo unos segundos pensativo.

—Ustedes se estarán preguntando cómo conseguí traer todo esto aquí, construir la casa… En fin, todo. Digamos que lo debo a un grupo de personas buenas y generosas que, cuando les expuse mis proyectos, aceptaron financiarme en el acto. De modo que entre varios pagaron la villa, los trabajos en estas grutas, me enviaron las piezas del Desconectador, fundidas y perforadas como yo pedía… Me enviaron toda clase de material, generadores… Todo lo que yo necesitaba. Por fin, yo terminé de construir el Desconectador y

entonces los llamé, los reuní a todos aquí para hacerles una demostración en la que, como les he dicho, hubo un pequeño fallo de la máquina que ya está corregido. Ahora, puedo dirigir las ondas desconectadoras a cualquier nave marítima, aérea o terrestre, tan sólo conociendo su posición en mar, aire o tierra… con una tolerancia de error en la posición de cincuenta kilómetros. Es decir que, prácticamente, no puede fallar. Espero que estén entendiendo que quien posea el Desconectador, prácticamente será el amo del Mediterráneo.

—Sí funciona, sí —dijo Uno.

—Y si funciona, después de este Desconectador se podrán fabricar otros que, finalmente, controlarían todos los mares, tierras y espacios aéreos —añadió Brigitte.

—Exacto —sonrió Tristán—. Todos mis amigos, los que financiaron la empresa, lo comprendieron así la noche de la prueba. Y uno de ellos al menos, tuvo una idea malvada: apoderarse del Desconectador, evidentemente para usarlo con fines de lucro personal. Me estoy refiriendo a Heracles Nikopoulos, que, claro, sabía que sólo con un violín, y tocando determinadas notas, se podría llegar hasta aquí abajo…

—Se puede llegar por ese lago —cortó Uno.

—Sí. Pero si no se ha seguido el camino… musical que yo he recorrido con ustedes —se volvió señalando el enorme bloque de piedra que servía para incomunicar la gruta— no podría abrirse jamás, salvo con cargas explosivas que, naturalmente, lo derrumbarían todo y harían pedazos el Desconectador. Todo esto lo iba yo explicando y Heracles decidió que debía robarme un violín, buscar a alguien capaz de invadir la isla y poner en sus manos mi máquina. Usted fue el elegido para ese trabajo, por el que le iban a pagar dos millones de dólares, señor Tomasini.

—Sí, entiendo eso. Y no creo que hubiese resultado difícil. Pero usted aún no ha contestado a las preguntas de Brigitte: ¿a quiénes y para qué quería hacer una demostración de fuerza para asustarlos?

—A todos. A todo el mundo.

—¿Con qué objeto?

—Si no dejan de guerrear, yo enviaré todos sus aviones, barcos de guerra, y toda clase de vehículos de agresión, al fondo del mar, contra montañas o contra las propias tropas. Mucho me temo que

no me harán caso, de modo que… tendré que hacerlo. Morirán millones de personas, pero… habrá valido la pena. Después de eso, llegará la paz… para siempre.

—Efectivamente.

—Es decir, que usted y sus amigos pretenden gobernar el mundo a su antojo después de haber asesinado a millones de personas.

—Usted no entiende, señor Tomasini… Mis amigos y yo no buscamos lucro personal alguno…

—¿Tampoco buscaba lucro personal Heracles Nikopoulos?

—Oh, bueno, no sé…

—¿No sabe? Vamos, vamos, anciano. Yo puedo decirle lo que pretendía Nikopoulos: contratarme, que yo pusiera en sus manos la isla y, por tanto, el aparato, y entonces venderlo, ganando una cantidad fabulosa… Quizá lo habría vendido a los rusos, a los americanos, a los chinos… A cualquiera.

—Sí… Quizá pretendiese eso.

—Es lo mismo que querrán los demás. En cuanto usted se descuide, le matarán, le harán pedazos, lo tirarán al mar riéndose de usted y formarán un… consorcio para vender esta máquina a quien la pague mejor.

—No, no… Son buenas personas que sólo quieren la paz…

—¿Cuánto dinero han invertido en esto, entre todos?

—No sé exactamente… Nunca me he preocupado de esas cosas.

—¿No? Bueno, yo no entiendo demasiado de precios, pero le aseguro que la inversión en esta máquina, en la isla, las grutas, los transportes, los hombres contratados… Todo eso, no se hace por nada. Quizá ha costado cinco, diez o quince millones de dólares… ¿Y todo eso para no ganar nada? Allá usted, Tristán, pero tenga por cierto esto: esos financieros esos… «amigos» de usted, lo han estado financiando sólo para conseguir la máquina. En cuanto estén seguros de que ya funciona debidamente, sin un solo fallo y usted tenga los planos pasados en limpio y todo en orden, vendrán aquí y le degollarán.

—¿Eso es lo que haría usted?

Número Uno alzó las cejas, sorprendido.

—¿Qué tengo yo que ver en esto? —Gruñó.

—Le he hecho una pregunta: ¿eso es lo que haría usted?

—Bueno… Yo no, pero…

—¿Y usted, Brigitte? —Miró Tristán a la espía.

—Ni él ni yo lo haríamos, pero…

—Entonces… ¿ustedes se consideran mejor que los demás? ¿No son capaces de admitir que puede haber otras muchas personas de nobles y desinteresados sentimientos?

—Claro que puede haberlas. Sí, quizá haya algunas… Y nos gustaría mucho conocerlas.

—Pues podrán conseguir eso muy pronto, porque vienen esta noche a la isla.

—¿Sus financieros?

—Sí.

—Pues ponga bajó llave el Desconectador y escóndase, créame.

—¿Ustedes están convencidos de que lo que quería hacer Heracles Nikopoulos es lo que querrán hacer todos? ¿Cree que se habrán puesto de acuerdo para quitarme mi trabajo, mi esfuerzo de tantos años, sólo porque han invertido unos cuantos dólares?

—Usted es un insensato —mascculló Uno—. En cuanto a ellos, ni siquiera se pondrán de acuerdo. Por el contrario, empezarán a matarse unos a otros con tal de conseguir para uno solo el Desconectador y toda la isla. Claro que, el primero en caer, será usted.

—No lo creo.

—Ya se convencerá. En cuanto a nosotros, creo que a fin de cuentas, iremos a la ópera.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que Brigitte y yo nos vamos. Adiós, anciano.

—¿Adónde van?

—Mire… No hay ópera ahora, pero nos largamos de aquí, ¿no puede entenderlo?

—No puedo permitir que se marchen —murmuró Tristán—. Saben lo del Desconectador…

—Descuide, no se lo diremos a nadie. No nos creerían. Es más: ni siquiera nosotros estamos convencidos de los poderes de esa máquina. Pero, mientras tomamos decisiones al respecto, ¿nos vamos, mi amor?

Miró a Brigitte que asintió con la cabeza y sonrió, agitando los deditos de una mano hacia Tristán.

—*Ciao*, Tristán.

Salieron de la gruta donde estaba el gigantesco Desconectador y se dirigieron directos hacia las dos lanchas. Saltaron a una de ellas y mientras Brigitte contemplaba con curiosidad a Tristán que, violín en mano, los miraba a su vez desde la entrada a la gruta, Uno puso en marcha el pequeño motor de la lancha, dirigiéndola inmediatamente hacia el fondo, donde se veía el principio del túnel acuático… Principio y fin, porque estaba cegado por solidísima roca. Entonces… ¿no había salida?

Hasta ellos llegó la dulce e inconfundible música del violín de Tristán y una enorme roca se alzó, dejando entrar una breve tromba de agua que zarandeó la lancha. Pero ante ellos había una estrecha cueva en cuyo final se veía una luz viva, amarillenta. Dirigió Uno la lancha hacia aquella luz, mientras tras ellos la enorme roca volvía a caer, cerrando el camino hacia las grutas musicales.

—Desde luego —musitó Brigitte—, tiene que ser poco menos que un genio en cuestiones de electricidad. Ha tenido que trabajar mucho y muy bien para organizar todo esto. Pero una cosa son resortes que actúan con música, cosa aceptable, y otra cosa es lo del Desconectador. Ese anciano está loco.

Uno no contestó. Llegaron en pocos segundos a la salida, y se encontraron en mar abierto.

—Si navegamos hacia el Sur encontraremos pronto la costa de Sicilia —dijo Uno—. Desde allí, iremos a Messina o Palermo, la que nos quede más cerca.

La lancha se deslizaba veloz hacia el Sur cuando Brigitte tocó en un brazo al espía.

—Uno.

—¿Sí?

—¿Y si Tristán no estuviese loco?

—Si te refieres a que ese aparato pueda funcionar… yo también estaba pensando en ello.

Se miraron. Brigitte se limitó a sonreír, y Número Uno soltó un gruñido.

—Está bien, te complaceré. Al fin y al cabo… eres mi invitada.

Tampoco ahora dijo nada Brigitte. Uno dio la vuelta y emprendió el regreso al islote, desde el cual vieron llegar la otra lancha, todavía diminuta en la distancia, aunque no tanta que no pudieran ver a tres hombres en ella.

—Deberías esquivarlos —sugirió Brigitte—. Tengo una carga de plástico en mi maletín y si podemos llegar a la gruta la volaremos para que sepulte esa máquina.

—De acuerdo. Daremos la vuelta para…

Pof, pof, pof, pof… hizo el motor de la lancha. De pronto, quedó silencioso y la pequeña nave fue perdiendo velocidad, deslizándose cada vez más lentamente sobre las azules aguas, sin control, describiendo amplias eses. Número Uno movió la llave del encendido pero nada sucedió. Intentó gobernar la lancha para desviarla de la ruta de la otra, aprovechando la débil inercia todavía existente, pero tampoco esto dio resultado. Volvieron a mirarse y, mientras Número Uno se pasaba la lengua por los labios, Brigitte murmuró:

—Parece que ese Desconectador sí funciona… Y con gran precisión, porque la lancha de ellos sigue acercándose sin sufrir los efectos… Puedo hundirlos en menos de cinco segundos…

Señaló su maletín, pero Uno movió negativamente la cabeza, que, al fin y al cabo, era lo que esperaba Brigitte que hiciese. Pocos segundos después, la otra lancha llegaba junto a la de ellos a marcha lenta y, desde la popa, Luigi, el gigantesco Luigi, les tiró un cabo.

De los otros dos hombres, uno estaba al volante y el otro les apuntaba con una pistola.

—Les remolcaremos —dijo Luigi—. Y si se resisten, tenemos orden de Tristán para disparar contra ustedes.

—¿Ya no es el Dios de las Bondades? —sonrió Brigitte.

No recibió respuesta. La lancha fue remolcada hasta la pequeña playa, donde esperaban más hombres, también armados con pistolas, silenciosos, hostiles.

—Quizá debí hundirlos y marcharnos remando —susurró Brigitte.

Uno encogió los hombros. Luigi le quitó el maletín a Brigitte y les ordenó que fuesen hacia la pequeña casa. Emprendieron el camino rodeados de hombres armados, que ya no parecían jardineros o inofensivos pastores cuidando ovejas; las cuales, seguían triscando, por completo indiferentes a los asuntos de los humanos.

Los llevaron a la pequeña casa, los ataron a sendas sillas,

siempre bajo la amenaza de las armas, y, muy poco después, llegó Tristán con su violín. Se los quedó mirando fijamente, hasta que Luigi le hizo una seña y los dos se fueron a un rincón donde estuvieron cuchicheando un par de minutos. Por fin, Tristán se colocó ante ellos y les dirigió la palabra, bondadosamente:

—Luigi me dice que cuando los alcanzaron ustedes habían emprendido el regreso a la isla. ¿Es así?

—Sí —dijo Brigitte.

—¿Con qué objeto?

—Destruir su máquina.

—Ah… ¿Se han convencido ya de que funciona?

—Usted se encargó de demostrárnoslo: primero nos dejó marchar, para luego desconectar todos los mandos y capturarnos de nuevo. De todos modos, ya volvíamos: sobraba la demostración.

—Ya. ¿Y por qué quieren destruirla?

—Creemos que no es necesaria una máquina que puede costar la vida a millones de personas al provocar una guerra mundial atómica de unas cuantas naciones irritadas con otras por considerarse saboteadas en sus flotas aéreas, terrestres o navales.

—Se explica usted muy bien, Brigitte. ¿El señor Tomasini piensa igual que usted?

—Si le pregunta a él, dirá que la Humanidad no le importa —sonrió Brigitte—. Pero sí le importa. Como se suele decir, él y yo somos tal para cual.

—Entiendo… Sí; parecen muy compenetrados, ya he podido observarlo. Pero, si llegase un momento crucial para ambos, se convertirían en seres… despreciables.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si ustedes no creen en la bondad del ser humano, es porque tampoco hay bondad en ustedes. Ninguna clase de bondad. No creo que sean mejores que mis financieros.

—Es posible.

—Cualquiera de ustedes dos haría cualquier cosa por poseer mi Desconectador, tal como aseguran que querrán hacer mis amigos: Pero, aún hay más: su bondad, su amor, desaparecerían en el momento en que sus vidas dependieran de ello. Como la mayoría de los seres que he conocido, cualquiera de ustedes mataría al otro con tal de salvarse. Y todavía más: por dinero, ustedes harían lo que yo

les ordenase.

—¿Por ejemplo? —sonrió Brigitte.

—Voy a hacer un trato con uno de ustedes, pues entiendo muy bien que ambos son espías muy peligrosos. Este es el trato: uno de ustedes me ayudará a descubrir las verdaderas intenciones de los invitados que llegarán esta noche. A cambio de ello, le pagaré un millón de dólares y le dejaré marchar.

—¿Y por qué no los dos? —sugirió Brigitte.

—Dos son demasiados. Solamente uno de ustedes.

—¿Cuál elige usted?

Tristán sonrió levemente.

—Aquel de ustedes que esté dispuesto a matar al otro ahora mismo. O eso, o mueren los dos en el acto.

Capítulo VII

Número Uno y Brigitte se quedaron mirando fijamente a Tristán. Y de pronto, los dos dijeron a la vez:

—Yo lo haré.

Se miraron entre ellos, crispados los rostros. Tristán soltó una risita crispada, gutural.

—Pónganse de acuerdo —aconsejó—. ¿Cuál quiere matar al otro?

—Yo la mataré a ella —dijo Uno.

—No… Yo a él —insistió Brigitte.

—No sea absurdo, Tristán —dijo secamente Uno—. ¿Quién cree que puede serle más útil de los dos? Ella es solamente una mujer, y yo soy un espía famoso en todo el mundo. He matado docenas de hombres, he corrido toda clase de peligros, tengo recursos para todo, soy fuerte, inteligente, ambicioso, tenaz… Puedo serle de gran utilidad para sus futuros planes. Tengo amigos en todas partes, conozco todo el mundo, no es fácil vencerme…

—Escuche —jadeó Brigitte—. Está perdiendo el tiempo escuchándole, Tristán. Deje que yo le mate a él… ¿No ha oído hablar de la agente Baby de la CIA? ¡Yo soy Baby!

Tristán parpadeó desconcertado. Luigi había respingado y se lo llevó otra vez aparte, para cuchichearle al oído durante unos segundos. Los ojos de Tristán se abrieron en gesto de grandísimo asombro y fueron abriéndose más y más a medida que Luigi iba vertiendo su información.

Por fin, el anciano, regresó ante Brigitte, contemplándola incrédulamente.

—Parece imposible… ¿Realmente usted es y ha hecho lodo lo que me ha contado Luigi?

—Por mucho que él le haya contado, se ha quedado corto, se lo aseguro. Rusia ofrece cinco millones de dólares por mi cabeza, y

otros tantos China. Consto en todos los ficheros de espionaje como la espía más peligrosa del mundo, tengo más amigos que Número Uno, tengo…

—Es una mujer —cortó secamente Uno—. Y trabaja para la CIA, Tristán. No es tan libre como yo, que todos creen que he muerto. ¿Por qué vacila? Mírenos a los dos: ¿cuál cree que puede darle más rendimiento? Acépteme a mí: yo la mataré a ella, podremos entendernos bien usted y yo.

—Soy más inteligente que él —deslizó Brigitte—. Mi colaboración…

Número Uno rió sarcásticamente, interrumpiéndola.

—¡Ya está bien, querida! Hasta aquí hemos llegado… Durante estos tres años, te he dejado pensar que valías más que yo, que eres más inteligente, más audaz, más… más todo. Pero ya terminó. ¿Por qué tengo que guardarte consideraciones ahora? Te lo diré de una vez: nunca has sido más inteligente, ni más peligrosa, ni más audaz que yo. A mi lado eres… un corderillo inofensivo. Te he tratado bien, ¿no es cierto? Has sido mi muñequita, te lo he consentido todo, pero esto ya es demasiado. Mi vida vale más que la tuya.

—¿Ahora sale tu rencor? —replicó acremente Brigitte—. Pero te comprendo… En el fondo siempre me has tenido celos, como profesional del espionaje. Siempre has tenido envidia de mí.

—Ya basta —cortó Tristán—; yo decidiré cuál de los dos va a matar al otro y salvarse.

—Elíjame a mí, Tristán —se crispó la voz de Brigitte.

—Piénselo bien —ensanchó el pecho Número Uno—. Un hombre de mi poder y experiencia, o una estúpida mujer, a fin de cuentas.

—Ya cállense.

Tristán estuvo mirándoles alternativamente, en silencio. Los dos le miraban expectantes, ansiosos… Por fin, el dedo índice del venerable anciano señaló a Número Uno.

—Soltadlo. Él la matará a ella. Me conviene más.

—No —gimió Brigitte—. No, no, no…

—¿No han oído? —Casi gritó Uno—. ¡Vamos, suéltenme!

A una seña de Tristán, dos de sus hombres desataron a Número Uno, que se puso en pie, frotándose las muñecas y mirando inexpresivamente a Brigitte, tendió una mano hacia aquellos hombres.

—Una pistola.

Luigi se adelantó y le puso la suya en la palma. Uno la sujetó con fuerza, apuntó a Brigitte a la cabeza y, de pronto, soltó un gruñido.

—No exageremos —masculló—. No puedo matarla así.

—Uno, por Dios —casi se echó a llorar Brigitte—. Déjame a mí, deja que sea yo quien se marche… Uno, te lo suplico, te lo…

—¿Cómo quiere matarla? —preguntó Tristán.

—Sin que ella me mire… No es tan fácil esto, Tristán.

—Lo supongo —sonrió el anciano—. ¿Quiere que le vendemos los ojos a la señorita?

—No… No, no… Quiero que la suelten y que la dejen salir corriendo de aquí. Cuándo huya, yo le dispararé. Será… lo más fácil.

—¡No! —gritó Brigitte, rompiendo a llorar sin el menor fingimiento—. ¡No, mi amor, no…!

—Desatadla y sacadla fuera —ordenó Tristán.

En un instante, Brigitte fue desatada y sacada fuera de la cabaña, donde esperaba Número Uno, vigilado por dos hombres, pistola en mano los tres. Al salir, Brigitte intentó abalanzarse contra Uno, pero éste la rechazó duramente, casi derribándola.

—Corre —ordenó roncamente—. Vamos, maldita, corre… Quizá no te acierte.

—Uno… Uno, déjame a mí, déjame a mí…

—¡Te digo que corras!

Y diciéndolo, Número Uno volvió a empujarla, de modo que Brigitte fue desplazada varios pasos, tan violentamente, que de nuevo estuvo a punto de caer. Número Uno alzó la pistola.

—¡Aléjate! ¡Aléjate de aquí, o disparo ahora mismo! ¡Corre, o empiezo a disparar ahora!

Brigitte comenzó a alejarse, volviendo la cabeza, mostrando a todos su rostro completamente bañado en lágrimas.

—¿Qué está esperando? —musitó Tristán—. Si se aleja mucho más, la pistola no alcanzará esa distancia.

Número Uno volvió a alzar la pistola, y, de pronto, se volvió como un relámpago hacia el hombre más cercano y le golpeó con el arma en plena mandíbula derribándole aparatosamente de espaldas tras un corto recorrido por el aire. En el acto se volvió hacia otro de

los «pastores» y le lanzó un fortísimo puntapié al vientre, que derribó al hombre como fulminado… Su camino hacia Tristán estaba libre, y adelantó la mano izquierda dispuesto a agarrarlo… pero Luigi y los otros cuatro hombres cayeron sobre él.

Brigitte, que estaba ya fuera del alcance de las pistolas, se detuvo en seco apenas comenzó la pelea y lanzó un grito lleno de angustia.

—¡UNOOO…!

Echó a correr, mucho más velozmente… pero regresando sobre sus pasos, en dirección a la casa. Llegó cuando, por fin, el colosal Angelo Tomasini conseguía abrir un hueco en aquel montón de hombres que pretendían inmovilizarlo, lanzando a uno de ellos por el aire como si fuese un guiñapo. Se soltó el brazo derecho al fin, apuntó a Tristán y apretó el gatillo… Clic, sonó el arma vacía, mientras los otros hombres se aferraban a él como sanguijuelas.

Brigitte llegó en aquel momento, lanzada a toda velocidad, y cayó como una fiera sobre el que sujetaba a Uno por la espalda, inmovilizándole los brazos: sus manitas cayeron en los hombros del hombre, muy cerca del cuello y los dedos apretaron como tenazas. El hombre lanzó un alarido y saltó como si acabase de recibir una descarga eléctrica, soltando a Uno, que se revolvió golpeando a otro y gritando:

—¡Vete! ¡Estás loca, te digo…!

Luigi le golpeó en la cabeza con la pistola, por detrás, y el mejor espía de todos los tiempos cayó de rodillas primero y luego de bruces, con la cabeza inmediatamente llena de sangre, en su parte posterior. Brigitte lanzó un chillido que puso los pelos de punta a Luigi, especialmente porque la vio abalanzarse hacia él, con las manos tendidas como garras. Le lanzó un zarpazo que pasó rozando el ojo derecho de Luigi y se clavó en su pómulo, exactamente igual que una garra de pantera.

—¡Tristán! —aulló Luigi—. ¡Que nos va a matar ella, que nos va a…!

Chilló de nuevo al recibir el tremendo talonazo de karate en el bajo vientre y cayó sentado, lívido como un cadáver. Brigitte alzó el otro pie, dispuesta a matarlo de un golpe en la garganta, pero uno de los recuperados «pastores» cayó sobre su espalda… para salir volando en el acto por encima de tan lindos hombros, directo hacia

Luigi, con el cual chocó de modo escalofriante, de cara, de modo que los dos rodaron por el suelo.

—Ya basta —se oyó la voz de Tristán—. Ya basta, o lo mato a él, señorita Montfort.

Brigitte se volvió y vio al anciano arrodillado junto a Número Uno, apoyándole la punta de una pistola en la sien. Todo el acaloramiento desapareció de su rostro, que quedó palidísimo. No se movió ni un milímetro, momento que aprovecharon los maltrechos amigos de Tristán para recoger sus pistolas, reagruparse, acorralar desde prudente distancia a la espía mundial, la cual, de pronto, sin hacerles el menor caso, se acercó a Número Uno, se arrodilló a su lado y le puso dos deditos en el cuello. Tragó saliva, y el color volvió notablemente a su rostro. Pasó sus manos hacia los sobacos de Uno y comenzó a tirar de él hacia el interior de la casa.

—Ayudadla —musitó Tristán.

Hubo un movimiento de acercamiento, pero la cabeza de Brigitte se alzó y sus ojos parecieron tener llamas azules de muerte.

—No se acerquen —jadeó—. No se acerquen o los mato a todos… A todos…

Estuvo mirando de uno a otro, como eligiendo una víctima, y cuando comprendió que nadie se acercaría, continuó arrastrando a Número Uno hasta el interior de la casa. Le dejó en el suelo, siempre boca abajo y buscó con la mirada el maletín rojo con florecillas azules. Lo recogió y sacó lo necesario para atender la herida que continuaba manando sangre.

Tristán apareció en la puerta.

—Señorita, le explicaré…

Brigitte le miró vivamente; volvió de pronto la cabeza hacia la mesa, saltó hacia ella, tomó el cuchillo con el que habían cortado el pan y el queso y lo lanzó hacia Tristán, que, sobresaltado al comprender sus intenciones, había iniciado un paso atrás, tan torpe, que cayó sentado. Por fortuna para él, pues el cuchillo pasó silbando por encima de su cabeza. Luigi, que aparecía a su lado, lanzó un chillido cuando el cuchillo pasó rozando su mejilla.

—¡Cerrad esa puerta! —vociferó.

Pareció que nadie se atrevía a tanto, pero la propia Brigitte se encargó de ello, empujándola tan fuertemente que toda la casa pareció temblar.

—¡Creed lo que os digo! —La oyeron gritar—. ¡Abandonad la isla, u os mataré a todos!

Luigi ayudó a Tristán a ponerse en pie y se alejaron unos pasos todos, mirando hacia la casa aterrados.

—*Santíssima Madonna* —jadeó uno de los «jardineros»—. ¿«Eso» es una mujer?

—Calmaos —musitó Tristán—. Y siento mucho lo que ha pasado. No creí que pudiesen ser tan violentos.

—Enrico tiene rota la mandíbula —musitó Luigi.

—Lo siento… Lo siento de veras. La culpa es mía. Quise ponerlos a prueba y…

—¿Qué ha ganado con todo esto, señor?

—Ya sé que ha resultado una comedia peligrosa, Luigi…, pero te aseguro que ha valido la pena. ¿No te lo dije?; son raros… son extraños.

—Son un par de fieras que…

—Pero son leales, ¿no lo has comprendido? El señor Tomasini no sabía nada de nuestro truco, no sabía que nuestras pistolas están descargadas todas… ¿Comprendes lo que él intentó… lo que quería intentar ella misma?

—No, señor —masculló Luigi—. No lo comprendo.

—¡Pero si es fácil! —rió Tristán—. No era cierto que cada uno de ellos quisiera matar al otro. Por el contrario, cada uno de ellos quería que fuese el otro el que se salvase, a costa de su propia vida. El que eligiese, dispondría de un arma para matar, y eso era lo que querían los dos: tener el arma, que el otro escapase corriendo y en lugar de disparar contra el que escapaba, revolverse contra nosotros y, si era preciso, morir matándonos, protegiendo la huida del otro… ¿Lo entiendes ahora?

—No… no es posible…

—¡Lo es! ¿Por qué sino ella volvió para ayudarle? Podía haber escapado hacia las lanchas, intentar algo… ¿Por qué si no el señor Tomasini le dijo a ella, cuando vio que había vuelto, que estaba loca y que se fuese…? ¿Por qué?

—No… no sé, señor…

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó otro.

—¿Hacer con ellos? —Casi gritó Tristán—. ¡Preservarlos de todo mal! ¡Nadie les hará el menor daño! Esas dos personas son… una

esperanza para mí. Cuando lo de Heracles Nikopoulos, comprendí que si él hacía eso, los demás también podrían sentir las mismas tentaciones, y por eso volví a llamarlos, para… ponerlos a prueba esta misma noche, en cuanto lleguen; si uno de ellos fue malo, los demás, deberían serlo también. Pero ahora, después de comprobar que existen dos personas como Brigitte y Angelo, me pregunto: ¿por qué no pueden existir otras personas igualmente leales, nobles y sinceras? ¿Por qué no?

—Todo es posible —admitió Luigi—. Pero… ¿cómo lo sabremos?

—Ellos mismos nos lo dirán.

—¿Les va a preguntar si son…?

—No —rió Tristán—. Yo no preguntaré nada, Luigi. Nada. Pero ellos me lo dirán.

—Bien… Eso me alivia, señor. Entiendo que no los tenemos que suprimir con el gas venenoso que Carletto y Martino emplearon en la casa de Catania, cuando…

—No, no. Les daremos una oportunidad. Quizá sean buenos, Luigi. Quizá, realmente, quieran la paz, y no, como dijeron Brigitte y Angelo, dinero y poder. Quizá. Ellos mismos han creado una oportunidad de vida para esos hombres que llegarán esta noche… De ellos depende que sigan viviendo… o mueran. Y que Dios nos perdone… ¡Ojalá todos sean tan nobles y leales como Angelo y Brigitte! No… No me he equivocado con ellos, no. Primero, él pudo… matarme de un solo puñetazo, esta mañana, han podido hacerlo varias veces, cualquiera de los dos… Pero se limitaron a marcharse con una lancha…, a la que ya habían dado la vuelta cuando les envié las ondas del Desconectador. Lo cual, significa que volvían para destruir el Desconectador, convencidos de que quien lo tenga, lo utilizará en su propio beneficio exclusivamente. Eso significa que querían destruirlo por temor a esos millones de muertes que ocasionaría una conflagración. Fijaos bien: destruirlo, no apoderarse del aparato.

—Si los financieros piensan así, el trabajo de estos años habrá valido la pena —musitó Luigi.

Tristán sonrió dulcemente.

—Que el auténtico Dios de las Bondades te oiga, Luigi. Bien: hay que atar nuevamente a Angelo y Brigitte, porque mi plan…

Sus amigos habían retrocedido un paso, y lo contemplaban con expresión desorbitada. Carletto tartamudeó:

—¿Tenemos… que entrar ahí… y atarlos… sin hacerles daño, Tristán?

Éste se echó a reír.

—No seáis tontos… ¿Para qué tenemos el gas? Pero, esta vez, la dosis tendrá que ser menos, pues los necesito despiertos para esta noche. Iré a buscar una dosis de gas narcótico. Vosotros, quedaros aquí.

Tristán fue hacia la villa, de la cual regresó unos minutos después, llevando una pequeña ampolla de cristal con aguja incorporada.

Se dirigió, sólo hacia la casa, y atisbo por una ventana. Lo que vio, le hizo sonreír: sentada en el suelo. Brigitte Montfort, apretando contra su pecho la cabeza vendada de Angelo Tomasini, que continuaba inconsciente… De pronto, Brigitte alzó la mirada, y Tristán notó como un ramalazo de frío introducido en su cuerpo por aquellos ojos que parecían congelados. La mano derecha de Brigitte dejó de acariciar a Angelo, fue hacia el suelo, junto a ella…, y tomó una… un tubo delgado, que parecía un culatín, o algo así… Lo apuntó rápidamente hacia la ventana, y, quizá la notable inteligencia de Tristán, o quizá el simple instinto le hizo comprender que debía apartarse…

Todavía estaba haciéndolo cuando la ventana reventó en un millón de cristalitos pulverizados por aquella bola de fuego rojo intenso, que llevó una oleada de calor a todo el cuerpo de Tristán, mientras lo empujaba, lo derribaba, lo hacía rodar por el suelo…

Aún no había empezado a incorporarse, aterrado, cubierto de diminutísimos fragmentos de vidrio, notando arder su piel, cuando la voz de Brigitte Montfort llegó claramente hasta él:

—No os lo advertiré otra vez: abandonad la isla o empezad a cavar vuestras tumbas.

Luigi y los demás, tras el espantado retroceso a que los había impulsado aquella bola de fuego, hicieron ademán de correr hacia Tristán, pero éste los contuvo con un gesto. Acabó de ponerse en pie, y, sonriendo bondadosamente, se acercó a la puerta. Introdujo por una ranura el extremo de la aguja de la ampolla con gas, y apretó cuidadosamente el émbolo.

Cuando abrió la puerta, la escena le hizo sonreír de nuevo, con una expresión auténticamente bondadosa.

Tendidos ambos en el suelo, yacían Angelo y Brigitte, ella abrazándolo con un brazo y sosteniendo todavía, en su crispada mano derecha, aquel artefacto que disparaba bolas de fuego… Pero no había peligro: el tigre y su compañera dormían apaciblemente.

Capítulo VIII

La primera lancha llegó muy poco después del anochecer, y de ella saltaron a la playa, sobre el pequeño embarcadero flotante, tres hombres, uno de los cuales se acercó inmediatamente a Tristán, con la diestra tendida, sonriendo amistosamente.

—Mi buen Tristán… Aquí me tiene de nuevo. ¿Ocurre algo?

—Pues… ocurrió, señor Pfalzer… Ocurrió.

—Me alarma usted. ¿De qué está hablando?

—Creo que será mejor esperar a que lleguen los demás, señor Pfalzer, si no tiene inconveniente.

—¿Van a venir los demás?

—Todos. Pero, ahora que me fijo…, yo no conozco a los dos caballeros que le acompañan.

—Oh… Bueno, son dos buenos amigos que posiblemente tomarán parte en la financiación de la nueva máquina para el Atlántico… Se llaman Otto y Konrad. Caballeros, él es Tristán, de quien tanto les he hablado.

—¿Cómo están? —musitó Tristán.

Konrad y Otto sonrieron, simplemente. El llamado Pfalzer parecía a punto de decir algo, pero en aquel momento, Luigi, que estaba junto a Tristán, señaló de nuevo hacia el mar, y todos miraron hacia allí. Solamente se veía una pequeña luz roja, contra todo lo dispuesto por los reglamentos de navegación.

—Ahí llegan otros amigos —musitó Tristán—. Puede ir a esperar a la villa, si quiere, señor Pfalzer. Yo iré allá con el último en llegar a la isla. Casi me parece tonto decir que se consideren en su casa: lo es realmente.

—Es usted un amable anfitrión, Tristán —rió Pfalzer—. Los esperamos a todos allá. Vamos.

Los dos acompañantes partieron detrás de Hermann Pfalzer, mientras Luigi se inclinaba al oído de Tristán, bajando su gigantesco

torso:

—No ha debido traer invitados, señor. El señor Pfalzer…

—Calma, Luigi. Calma. Todo está previsto: los iremos enviando a la casa, y subiremos allá con los últimos en llegar…

Tristán apareció en el salón, sonriendo, acompañado de un sujeto gordo, calvo, de rostro colorado y pequeños ojos astutos, que lucía varios anillos en sus gordísimos dedos. Los demás, sentados en sillones y sofás, volvieron la cabeza, entre indiferentes y expectantes. La mayoría estaba fumando, y un par de botellas de coñac francés habían sido saqueadas muy prudentemente.

—Bien, caballeros; contra su costumbre, el señor Spezie ha sido el último en llegar, pero, lo que importa es que volvemos a estar todos reunidos…

—Falta Nikopoulos —cortó uno de los visitantes.

Tristán se detuvo en un punto del salón desde el cual podía mirarlos a todos. En total, eran seis los financieros reunidos: Pfalzer, Spezia, Gruber, Fikowitz, Deberaux y Joham. Spezia, Fikowitz y Deberauz habían acudido solos, pero Pfalzer había traído a sus amigos Konrad y Otto: Gruber, a un alto y atlético pelirrojo llamado Henrik; y Joham, a un tipo bajo, fortísimo, de cabeza cuadrada que se llamaba Willy. En total, diez hombres… Todos los cuales estaban pendientes de Tristán.

—Precisamente —dijo al fin—, ése es el motivo de la reunión. Caballeros, con gran consternación por mi parte, debo decirles que el señor Heracles Nikopoulos nos traicionó.

—¿Cómo dice usted? —exclamó Gruber, con su fuerte acento alemán.

—¿Qué clase de traición? —masculló sombríamente Spezia, a punto de sentarse.

—Pues… Bueno, él consiguió uno de mis violines, subrepticiamente, y consiguió llevárselo, sí… Cuando mis amigos y yo nos dimos cuenta, Heracles Nikopoulos había partido ya hacia Roma… En fin, para no aburrirlos con la explicación de la persecución de que fue objeto, les diré que fue alcanzado, finalmente, en Catania. Se había puesto en contacto con un hombre, un… espía que según entiendo es famoso. Mis amigos Martino y Carletto, comprendiendo esto, vigilaron a Nikopoulos. Éste recibió una llamada telefónica, en la que se le notificaba que el hombre en

cuestión iba a ir a visitar a Nikopoulos para escuchar su oferta. La traición era evidente, así que Carletto y Martino no tuvieron más remedio que… eliminar al señor Nikopoulos…

—¿Lo mataron? —exclamó Fikowitz.

—Ustedes saben —murmuró humilde, tristemente Tristán—, que yo no soy amigo de la muerte, pero, al mismo tiempo, saben también que no vacilaría ante las muertes de millones de personas, por el bien de la Humanidad… ¿Iba a vacilar por la muerte de Heracles Nikopoulos, un solo hombre?

—Está bien, está bien… Nikopoulos fue… ejecutado. ¿Qué más?

—Carletto y Martino esperaron al hombre que iba a visitar a Nikopoulos, escondidos. Primero llegó una mujer, luego el hombre… Los trajeron aquí a los dos, en una de mis lanchas, y… por medio de ellos hemos sabido que Nikopoulos pensaba apoderarse de la isla, de tal modo que podría disponer del Desconectador…, con el propósito de venderlo a quien mejor lo pagase, beneficiándose él única y exclusivamente, pisoteando brutalmente nuestros elevados propósitos en bien del género humano.

—¿Está diciendo que Nikopoulos había contratado a un solo hombre para conseguir apoderarse de la isla? —sonrió secamente Pfalzer.

—Sí. Bueno, en primer lugar, ese hombre tiene muchos amigos, que le habrían ayudado no dudo que eficazmente. Pero, además, entiendo que dicho hombre es… muy especial. Lo llaman Número Uno, y su amiga es una tal Baby, de la C…

El francés Deberaux, lívido de espanto, había dado un salto en el sillón, y contemplaba con expresión desorbitada a Tristán.

—¡¿Número Uno y Baby juntos?! —gritó—. Oh, pero no puede ser… Número Uno murió hace tiempo en…

—Está vivo. Y, en efecto, están juntos. Son una pareja… muy peculiar, señor Deberaux.

—¡No lo dudo! Cada uno de ellos, por separado, sería… como un tornado para esta isla. Los dos juntos, es la mayor tempestad que, podamos imaginar.

—Calma, calma, calma —movió las manos sosegadamente Joham—. ¿Dónde están esos dos personajes, Tristán?

—En la casa pequeña, a buen recaudo.

—Demonios… ¡Creí que andaban sueltos por aquí! Usted no sabe las bombas que tiene en la isla, Tristán. Si realmente ella es la agente Baby, de la CIA, y él es el hombre que hace años llevaba el sobrenombre de Número Uno, también de la CIA, todos estamos, sobre un volcán…

—Pero extinguido —sonrió Tristán.

—¿Extinguido? —rió nerviosamente Deberaux—. Le aseguro que se equivoca. Todo lo más, ese volcán está en reposo. Mire, en los últimos años, la agente Baby…

—No hemos venido aquí para hablar de esa mujer —movió Spezia una de sus enjoyadas manos—. ¿Cuál es el objeto de la reunión, Tristán?

—Bien… Celebro que me lo pregunte, señor Spezia. Veamos… Procuraré ser breve. En primer lugar, el Desconectador es una máquina por la que, sin duda, cualquier servicio militar de cualquier país pagaría una cantidad fabulosa.

—Siempre y cuando funcione —sonrió Gruber.

—Ya funciona, señor Gruber.

—¿Del todo? ¿Sin fallos?

—Sin un solo fallo, está comprobado.

Todos los reunidos se quedaron mirando fijamente a Tristán. Luego, lentamente, las miradas fueron deslizándose hacia el suelo. Hubo unos segundos de tenso silencio, hasta que Pfalzer musitó:

—Siga usted, Tristán.

—Con gusto. Como le digo, la máquina está completamente terminada, tengo los planos completos en mi despacho, y en lo sucesivo, podremos contar con ella siempre que lo creamos oportuno. No cabe duda de que, según nuestros propósitos, podremos conseguir una paz duradera en cuanto hagamos unas cuantas demostraciones de fuerza. Esto será muy lamentable, pero… inevitable. Todos aquí somos personas de gran corazón, y, aunque el remedio es duro, incluso cruel, no creo que nadie de los reunidos vacilase en aplicarlo… ¿Alguna duda?

Silencio.

Tristán prosiguió:

—Bien. La cuestión, por tanto, es ésta: ¿nos quedamos aquí mismo, en esta pequeña isla, con la máquina, o, temiendo que Nikopoulos o quizá el propio Número Uno hayan deslizado alguna

información a otras personas, nos vamos de la isla? Ustedes tienen la palabra.

Durante unos segundos, nadie contestó. Por fin, Deberaux, tras carraspear, musitó:

—El traslado del Desconectador costaría muchísimo dinero, Tristán. Y ya hemos invertido tanto que…

—Yo sugiero una solución más… simple —dijo secamente el alemán Gruber—: interroguemos a ese hombre hasta que nos diga si alguien más tiene noticias sobre este asunto. Si así es, habrá que pensar en el traslado, y rápidamente. Y si nadie lo sabe…, ¿por qué molestarse y gastar dinero?

Hubo un murmullo de aprobación a las palabras de Gruber, hasta que todos vieron a Tristán con las manos en alto, y se dispusieron a escucharlo.

—Según Número Uno, nadie sabe nada. Sólo él y la señorita que le acompañaba. Pero… puede estar mintiendo. No todos los hombres son como nosotros —sonrió bondadosamente—: hay gente que engaña, roba, mata y miente con toda desfachatez. Número Uno puede ser una de esas personas.

—¿Lo interrogó usted a las buenas… o a las malas?

—A las buenas, naturalmente, señor Spezia.

—Hum… En tal caso, podemos considerar las palabras de ese hombre, como susurros del viento: no nos dice nada. Sugiero que, para asegurarnos, empleemos otra… táctica.

—¿Me está sugiriendo que lo torturemos, o algo así?

—Bueno:… No sé… Comprendo que es un procedimiento brutal, pero…

—Me gustaría escuchar alguna idea mejor —dijo suavemente el anciano.

Los financieros comenzaron a mirarse unos a otros, de un modo extraño…, pero nadie dijo nada. Por fin, Tristán tomó una decisión en hombre de todos.

—Cenaremos en armoniosa compañía —sonrió—, disfrutaremos de la conversación entre personas de nobles corazones… No dudo que mañana temprano, alguno de nosotros habrá encontrado alguna solución conveniente y razonable.

—¿Y si ése hombre escapa durante la noche en una…?

—Oh, no. Las ventanas han sido tapadas con gruesos tablones, y

la puerta, muy sólida, está cerrada con llave, y, también por el exterior, sujeta con dos tablas. Es imposible que puedan salir de allí. Sin duda, de conseguirlo, nadie mejor que esas dos personas para dominar una… situación como la presente: se harían los amos de la isla. Pero… no podrán salir. Bien, caballeros; el asunto está pendiente de una buena idea por parte de algunos de nosotros durante esta noche. Y ahora, cenemos con la paz del Señor para los hombres de buena voluntad…

Capítulo IX

—¿Oyes? —susurró Brigitte.

—Sí… Alguien está tocando la puerta…

Afuera se oyó un ligero crujido, un rechinar de madera, de hierro también… Los dos comprendieron lo que acababa de suceder: alguien estaba arrancando los tablones que habían sido clavados por los amigos de Tristán para sellar la puerta.

En la completa oscuridad de la pequeña casa, los sonidos se oían con absoluta nitidez. Otro tablón chirrió al ser arrancados los clavos de un extremo.

—Voy a seguir —susurró Número Uno— ¡quizá llegue a tiempo!

Se tendió de nuevo en el suelo, y buscó, con los dientes, las cuerdas que sujetaban las manos de Brigitte a la espalda. Tirados los dos en el suelo, atados de pies y manos, la situación no era envidiable en absoluto, pero evidentemente, ninguno de los dos lo daba todo por perdido. De modo que los fuertes dientes del espía siguieron royendo las cuerdas que sujetaban las manos de Brigitte, escupiendo de cuando en cuando las ásperas, cortantes hebras de cáñamo. Hasta que el ruido se oyó en la cerradura.

—Van a entrar —musitó Brigitte—. Separémonos.

Se alejó rodando por el suelo, y Uno hizo lo mismo. Llegó a una pared y comenzó a incorporarse. Mientras tuviera la más pequeña oportunidad de defenderse y defender a Brigitte…

La puerta se abrió de pronto dejando ver afuera la luz de la luna. Una silueta de un hombre se recortó en el umbral. Y de pronto, al tiempo que el hombre daba un par de pasos hacia el interior de la casa, la luz de una linterna brotó en una de sus manos. Él amarillento círculo, fue recorriendo el pequeño comedor-sala de estar, hasta que la luz cayó de lleno sobre Brigitte, que parpadeó, y movió la cabeza a un lado. Estaba sentada en el suelo, en difícil postura.

—Ah —se oyó una voz suave, amable—. Esta debe ser la agente Baby de la CIA. Pero… no veo a Número Uno… Y me pregunto si realmente existe, si no ha sido una broma del pobre Tristán.

—¿Quién es usted? —murmuró Brigitte.

—Un hombre que no quiere que ustedes, dos sigan vivos: son demasiado peligrosos, lo sé bien. De modo que, primero usted y luego a él, los mataré.

El brillo metálico apareció un instante cerca de la luz de la linterna. Y; al mismo tiempo, detrás del recién llegado se oyó un rumor, un ruido de algo que golpeaba el piso. El visitante se volvió a toda prisa, orientando la pistola hacia allá, pero ya era demasiado tarde. Sólo pudo ver una mancha blanca a la altura de la cabeza de un hombre, y un mano cayó sobre él, derribándolo de espaldas, fuertemente, dolorosamente…

—La pistola, Brigitte —oyó la voz sobre él—. ¡La pistola!

—¿Para qué la quiere? —rió—. ¡Ni siquiera podría usarla!

Recogió él la pistola, y en seguida, apuntó con la luz a Número Uno, que estaba intentando incorporarse de nuevo. Lanzando una maldición, el visitante se acercó, y propinó un terrible puntapié al estómago de Uno, que cayó hacia delante.

—¡Ahora verás!

De nuevo brilló la pistola al alzarse, y…

¡Plop, plop, plop!

El visitante lanzó un gemido, soltó primero la linterna, que quedó cerca de sus pies. Luego, se oyó el fuerte golpe de la pistola al caer. Por último, cayó el hombre, de modo que su rostro quedó de lleno en el círculo de luz amarillenta. Sus ojos estaban muy abiertos, y por un lado de su crispada boca apareció un hilillo de sangre.

—Es Deberaux —dijo alguien, en la puerta—. Se asustó cuando Tristán dijo quiénes eran ustedes. Supongo que se dan cuenta de que acabo de salvarles la vida.

La puerta de la casa se cerró. La linterna se alzó, Número Uno fue arrastrado hasta donde estaba Brigitte, y ambos recibieron ayuda para quedar apoyados en la pared.

—Yo soy Gruber —dijo la misma voz—. Podemos ser buenos amigos o liquidar el asunto sin más complicaciones. Ustedes elijan.

—Preferimos su amistad a su antipatía —dijo Brigitte.

—Bien. ¿Estaban dispuestos a trabajar para Nikopoulos?

—Desde luego.

—¿Cuánto les pagaba él?

—Dos millones de dólares.

—Ah… No era muy generoso, tratándose de lo que se trata… ¿Trabajarían para mí? La misma oferta que Nikopoulos: dos millones de dólares a cambio de su cooperación para que antes del amanecer sea yo el dueño indiscutible de la isla.

—Aceptamos.

—Eso tiene sentido. Desátalos, Henrik. Bien… ¿Tienen alguna buena idea para apoderarse de la isla? Y con mucho cuidado, pues seremos solamente cuatro contra doce o quince hombres… Esta no es mi especialidad, desde luego, y por eso vine a buscarlos… ¿Pueden conseguir eso?

—Sí.

—¿Seguro?

—Absolutamente. Deme un arma.

—Tendrá la pistola de Deberaux, de momento. ¿Por dónde empezamos?

—Lo primero que convendría hacer es asegurarnos de que ninguna de las lanchas que oímos llegar, podrá marcharse sin nuestro consentimiento.

—Buena idea —aprobó Gruber—. Solamente nosotros tendremos las llaves.

—Y ciertas piezas que yo le quitaré: unas llaves no significan nada.

—Entiendo… De acuerdo, usted dirige esto, Número Uno, pero recuerde: quien manda y paga soy yo.

—Está bien… Apártese —casi empujó Uno a Henrik—: yo la desataré a ella.

La desató, la ayudó a ponerse en pie, y ambos se abrazaron cálidamente.

—¿Está bien tu cabeza? —musitó ella.

—No te preocupes, funcionaré bien: mi avería es pequeña. ¿Te circula bien la sangre?

—Dame unos segundos…

Brigitte comenzó a moverse, mientras Uno tendía la mano.

—¿Y esa pistola?

Gruber le entregó la de Deberaux, y Uno sacó el cargador, lo miró a la luz de la linterna, y volvió a encajarlo con un seco golpe.

—Cuando quieras —dijo Brigitte.

Brigitte adelantó una mano, asió a Gruber por la corbata, y lo atrajo hacia ella, al mismo tiempo que lanzaba la otra, rígida, con terrible fuerza, hundiéndola con blando chasquido en un lado del cuello de Gruber, debajo de la oreja. Se oyó el quejido de Gruber, la exclamación de Henrik, pero, en seguida, su berrido de dolor, al propinarle Uno un pistoletazo en medio de la cabeza. Henrik se desplomó fulminado, y Gruber se deslizó más lentamente, todavía sujeto por la corbata.

—Eres muy considerada —musitó Uno—. Regístralo. Me parece, que él no lleva armas: no tiene agallas para eso, así que contrató a un pistolero.

—Luego dirán que sólo hay pistoleros en Estados Unidos… En efecto: esté no lleva armas.

—Pues toma la del pistolero… Alumbra aquí: voy a atarlos. Ni siquiera vale la pena matarlos; son dos pichones que merecen cazadores de menos categoría.

Ató rápidamente, pero sólidamente a los dos hombres, y se disponían ya a salir de la casa, tras apagar Brigitte la linterna, cuando ella dijo:

—¿Qué tal si echamos un vistazo por el televisor, mi amor?

Abrieron las pequeñas portezuelas del mueble, y Número Uno apretó el botón de la puesta en marcha. A los pocos segundos, apareció en pantalla aquella habitación en la que habían despertado por la mañana: no había nadie en ella. Uno apretó otro botón, y apareció otra habitación parecida, también de las grutas. Así fueron viendo hasta seis, todas ellas vacías. Luego, apareció el salón de la villa, donde, asimismo, no se veía a nadie. Luego, el despacho, también vacío…

—¡Espera! —exclamo Brigitte—. ¡Mi maletín! ¡Míralo!

Número Uno lo veía perfectamente. Estaba sobre la mesa del despacho, y, al lado, el fusil de Brigitte, montado con los tres tubos de aluminio que, normalmente, parecía un trípode…

—Deberíamos ir a buscarlo, Uno: es cierto que tengo una carga de plástico ahí.

—Lo sé. Pero es poca cosa para volar esta isla. A menos…

Supongo que ya has pensado en esto: si colocamos las cargas en las grutas, la explosión las derrumbará todas. Y no creo que quede de esa máquina otra cosa que un montón de hierros…

—En efecto, mi amor.

—Sí… Sólo hay un problema: llegar a esa gruta, y salir de ella… antes de que todo explote, y se hunda.

—Podemos hacerlo. Recuerdo lo que tocó Tristán para que se abriera la puerta que lleva a las grutas desde el despacho. Y sé dónde hay que apretar en la biblioteca para alcanzar los violines; Con uno de ellos, podemos ir abriéndonos camino hasta el Desconectador. Una vez colocada la carga, podemos marcharnos con una de las lanchas que ellos esconden allí.

—Sigue habiendo un problema —musitó Uno—: la música. Y no me digas que recuerdas todas las notas que Tristán iba tocando: no son de ninguna obra conocida por nosotros.

—Es cierto… Pero recuerdo que para abrir la puerta de las grutas tocó un pasaje de «Movimiento Perpetuo», de Paganini. Puedo abrir esa puerta, al menos.

—¿Y las demás?

—No sé… Podemos intentarlo. Él seguía una escala determinada… Quizá consiga recordarla, sobre la marcha.

—Es muy arriesgado —movió negativamente la cabeza Uno—. Y no estoy dispuesto a llevarte ahí dentro si no tengo la seguridad de que podrás salir. Hay otra cosa, además: este sujeto ha dicho que seríamos cuatro contra doce o quince. Ahora, sólo somos dos contra doce o quince.

—Pero no quisiera dejar mi maletín ahí.

—Tendrás que pedir otro a la CIA —sonrió Uno—. Bien, veamos qué más sale en esta pantalla.

Apretón otro botón, y apareció un hombre, gordo, calvo, con muchos anillos en los dedos. Estaba en mangas de camisa, y, entre los regordetes dedos, sostenía una radio de bolsillo, por la que estaba hablando, en italiano.

—La radio parece italiana —dijo Brigitte.

Ambos entendían perfectamente el italiano, y, a los pocos segundos, estuvieron al corriente de lo que ocurría. El sujeto gordo estaba comunicado con unos hombres que, en una lancha grande, esperaban no muy lejos de la isla, instrucciones para acercarse a

ésta y tomarla por asalto. Las últimas instrucciones, tras ordenarles que aún esperasen, fueron referentes a que «nadie, absolutamente nadie, debía alejarse de la isla». Si veían alguna lancha alejándose, le darían el alto. Y si los ocupantes no la detenían, tendrían que hacerlo ellos, con disparos de fusil lanzagranadas.

—He aquí un hombre que tiene idea sobre tácticas de ocupación y cierre de la retirada enemiga —sonrió Brigitte—. Parece que ya tenía sus propios planes, ¿no te parece?

—Sí. Nos lo están poniendo un poco difícil.

—Si yo consigo mi maletín, esa lancha jamás podrá cortarnos el paso. Yo los hundiré a ellos.

—Tendremos que ir a por ese maletín. Veamos si hay más gente por la villa.

En la siguiente habitación, no había nadie. Ni en la otra. En la siguiente, había tres hombres, uno de los cuales decía en aquel momento:

«—Sí, señor Pfalzer, entiendo».

«—Adelante, entonces. Vamos allá».

Y salieron del cuarto.

—Pues sí que nos hemos enterado —refunfuñó Brigitte.

Número Uno no contestó. Fue apretando rápidamente los demás botones, y vieron a un hombre solitario en una habitación, pensativo. En otra, había dos hombres, uno de los cuales escuchaba atentamente al otro:

> *«—No me fío en absoluto de ninguno, Willy, así que quiero que duermas conmigo en esta habitación. Y ten la pistola a punto… Cualquiera de ellos es capaz de intentar lo increíble. Especialmente, Pfalzer, que se ha traído dos "invitados", y Spezia, que es una mala bestia… Ya tomaré decisiones yo sobre este asunto mañana mismo».*
>
> *»—Ese viejo está chiflado, ¿verdad? —preguntó Willy.*
>
> *»—Sin duda. Pero ha inventado y construido algo que vale muchísimo dinero… Nosotros lo hemos financiado, y él está convencido de que somos personas… angelicales. Si supiese que somos gente dispuesta a todo con tal de ganar unos millones, se moriría del susto.*
>
> *»—Ustedes han abusado de su buena fe, ¿verdad, señor*

Joham?

»—Oye, ¿qué te pasa a ti? —Gruñó Joham—. Yo olí el asunto, me metí en él, y los demás hicieron lo mismo. Nos hemos visto aquí varias veces, nos hemos portado como ángeles auténticos, pero ya llegó la hora de cobrar los dividendos».

Número Uno apretó el siguiente botón. Y otro, y otro… Pasaron más habitaciones por la pantalla, y, por fin, el ciclo comenzó a repetirse, empezando por las de las grutas.

—No lo entiendo —susurró Uno—. Ni Tristán ni ninguno de sus hombres están en ninguna parte… ¿Crees que estarán paseando por la isla?

—No.

—Yo tampoco: por tanto, sólo pueden estar en las grutas, por abajo, en lugares donde ese genio de la electricidad y similares no ha instalado todavía cámaras de televisión…

—Estoy pensando en los tres hombres que salían de una habitación: ¿Y si estuviesen acercándose a por nosotros?

—Tienes razón —Número Uno apagó la pantalla y cerró el mueble—. Vamos a estropear esas lanchas, nos quedaremos las llaves y una pieza de una sola, y pasaremos a recoger tu maletín… Espero que si nos salen al paso cuando nos marchemos, tengas buena puntería.

Brigitte rió quedamente. Uno la tomó por la cintura, y se acercaron a la puerta. Los dos escucharon, inmóviles, pero solamente se oía el rumor del mar. Salieron de la casa, encogidos, emprendiendo el camino hacia la playa, primero entre olivos, luego entre pinos. Estaban aún a mitad de camino cuando, deteniéndose de pronto, Brigitte señaló hacia la villa. Número Uno miró hacia allí, y vio a los tres hombres, caminando directos hacia la pequeña casa del pan y del queso.

—Ese es el tal Pfalzer y sus dos «invitados», como los ha descrito el tal Joham —susurró Brigitte.

—Van hacia la casa —dijo fríamente Uno—, lo siento por Gruber y Henrik. Quédate aquí vigilándolos: yo vuelvo enseguida con las llaves de esas lanchas. Ten cuidado.

La besó, brevemente, y se disponía a separarse cuando Brigitte lo atrajo de una oreja.

Lo besó, le soltó la oreja, y Número Uno desapareció hacia la playa. Brigitte dedicó entonces su atención a los tres que iban hacia la pequeña casa. Los vio llegar, precaverse cuando vieron la puerta abierta… Por fin, dos de ellos entraron… Luego, sin duda llamado, entro el tercero, que debía ser Pfalzer… Pocos segundos después, en la puerta de la casa se veían los cárdenos resplandores de vívida, intensa luz, brevísimos, que fueron reveladores para la agente Baby: ejecución, simplemente.

—*Requiescat in pace* —musitó.

Vio salir a los tres hombres, con ciertas precauciones. Pero, en seguida, emprendieron el camino de la playa, tratando de ir ocultándose entre olivos y pinos… Lo hacían tan mal, que la espía internacional se relajó, tranquila. No serían aquellos tres patanes quienes sorprendieran nada menos que a Número Uno.

El cual, apareció cerca de ella a los pocos segundos de haber pasado Pfalzer y sus amigos hacia la playa.

—Sí. Pero ésos no encuentran ni melones en un melonar… Han matado a Gruber y al otro: vi el resplandor de los disparos.

—Descansen en paz.

—Lo mismo dije yo, pero en latín —rió quedamente Brigitte—. ¿Vamos a por mi maletín? Lo recogemos, y mientras esos tres torpes regresan a la villa, nosotros llegamos a la playa y nos vamos.

—Está bien: necesitamos tus cosas por si nos atacan los de esa lancha.

—Pues vamos allá…

—Un momento.

Lo besó en la barbilla, se incorporaron, y echaron a correr hacia la villa, en la cual entraron sigilosamente poco después, sin la menor dificultad, pues la puerta había sido dejada abierta por los invitados de Tristán. Fueron directamente al despacho, y Brigitte apretó el lugar conveniente de la biblioteca. Ésta se abrió, dejando visibles los violines. Faltaba uno.

—Ya sabemos dónde está Tristán —musitó Brigitte, señalando hacia la disimulada puerta de detrás de la mesa.

—Peor para él. Recojamos nuestras cosas y vámonos: ya volaremos la isla con esa máquina mañana mismo. Llamaré a unos cuantos de mis amigos.

—Deberíamos entrar ahora…

—Ya te he dicho que no quiero arriesgarte. Vámonos.

Se acercaron a la mesa, y Brigitte examinó rápidamente su maletín, mientras Uno registraba la mesa.

—Buen hallazgo —dijo—. Aquí están nuestras pistolas y documentos. De modo que…

La puerta se abrió, de pronto, y el hombre gordo, calvo y lleno de anillos apareció en el umbral, impetuosamente. Se quedó estupefacto al ver a los dos desconocidos personajes, pero reaccionó en seguida, comenzando a gritar a todo pulmón:

—¡Están aquí! ¡El hombre y la mujer están…!

Plop, disparó Número Uno.

Spezia recibió el balazo en el centro del pecho, y salió disparado hacia atrás, hacia el gran vestíbulo, gritando todavía como un energúmeno. Número Uno fue hacia la puerta, rápidamente, y cuando llegó, vio a Spezia tendido en el centro del vestíbulo, con el pecho y las manos llenos de sangre. En éstas, tenía la pequeña radio de bolsillo, y estaba dando chillonas órdenes:

—¡Atacad! —aullaba—. ¡Arrasad la isla, matadlos a tod…!

Plop.

Esta vez, la bala disparada por Número Uno fue definitiva. El gordo italiano perdió toda energía y voz cuando el plomo se clavó en su cabeza, haciéndola rebotar duramente contra el brillante suelo. Brigitte estaba junto a Uno, y se disponían ambos a salir, cuando ella desvió la mirada hacia las escaleras, lanzó una exclamación, y alzó su pistolita.

Plop.

En lo alto del tramo, el gran cabezota cuadrada que tenía por nombre Willy, lanzó un alarido, soltó la pistola, y se llevó las manos al pecho, mientras iniciaba la rodante caída escaleras abajo, todavía chillando su dolor. Uno se dispuso a correr hacia la salida, pero, justo entonces, aparecían los dos amigos de Pfalzer, pistola en mano, atentos a cualquier ataque… Uno se volvió, empujó a Brigitte, y cerró la puerta, apartándose inmediatamente…, mientras algunas balas la perforaban, arrancando cientos de diminutas astillas.

Brigitte corrió hacia los violines, tomó uno de ellos, y se lo colocó en el hombro, iniciando inmediatamente «Movimiento Perpetuo», de Paganini… A las pocas notas, la puerta secreta se

abrió, y la espía, con el violín y el arco en una mano, en cuya muñeca sostenía el asa del maletín, y la pistolita en otra, se dirigió hacia allí. Número Uno vaciló, se resistió…

—¡Corre! —exclamó Brigitte—. ¡En un momento van a ponerse todos contra nosotros, y no me gustar estar acorralada!

Se adentró en el oscuro pasillo. Uno fue a la mesa, abrió el cajón donde antes había visto una gran linterna, y la tomó. Comprobó que estaba cargada, y con ella ya encendida, se lanzó en pos de Brigitte… Recorrieron el pasillo, bajaron por el largo tramo húmedo de peldaños de piedra… Como si aquellos corredores fuesen un milagro de acústica, las voces de varios hombres, desde arriba, llegaron nítidamente hasta ellos:

—¡Han entrado por aquí!

—¡Vamos a por ellos! ¡Buscad una linterna!

—Sería mejor buscar a Tristán…

Doblaron un recodo, dejaron de oír las voces. Número Uno se había colocado delante, y dirigía la luz en busca de cualquier peligro o, simplemente, un obstáculo. No tenían necesidad de ir tocando el violín para que se encendieran las luces, puesto que la linterna era muy potente…, pero no podía servirles de guía. De pronto, Uno se detuvo.

—Nos hemos perdido —musitó—. Las luces no eran solamente iluminación, Brigitte sino indicadoras del camino a seguir. ¿Recuerdas algunas notas?

—Probaré… Toma, sostenme el maletín…

Volvió a colocarse el violín al hombro, y comenzó a tocar. La música se expandió con dulce sonido en aquella especie de catacumbas.

—No lo consigo… ¡No lo consigo!

—Inténtalo de nuevo.

Brigitte volvió a colocar el arco sobre las cuerdas…, al mismo tiempo que se oían pisadas y voces a su alrededor, y, en algún lugar, brillaban luces de linternas. Volvió a tocar el violín, forzando su memoria al máximo. Lanzó un gritito cuando, a su izquierda, casi detrás de ellos, se encendieron las luces de un largo túnel. Echaron a correr los dos por allí, pero, a los pocos segundos, las luces terminaron, y de nuevo se encontraron sin indicación alguna respecto al camino a seguir. Mientras, detrás de ellos, y ahora con la

pista de las luces encendidas con música, llegaban los invitados de Tristán, que, ciertamente, se habían unido contra aquel enemigo que, ahora, consideraban común.

—Nos van a encontrar si seguimos aquí… ¡Tomemos ese camino!

De nuevo tuvo que ser Uno quien iluminara el camino. Tres minutos más tarde, estaban completamente perdidos, rodeados de túneles, de caminos a seguir, de los cuales, solamente uno podía ser el conveniente.

—Vuelve a tocar —musitó Uno.

Otra vez Brigitte tocó el violín durante algunos segundos, pero nada sucedió. Alzó el arco, forzó de nuevo la memoria…, y en aquel instante, lejos de ellos, se oyó la música de otro violín, casi al momento, en el fondo de una de las galerías que tenían ante sí, brilló una luz. Sin necesidad del menor comentario, los dos echaron a correr hacia aquel punto de luz; llegaron al final, y de nuevo perdidos, Brigitte reanudó su concierto a violín…

Un poco más cerca, le respondió otro violín, y nuevas luces se encendieron, señalando el camino. Final de galería nuevamente, llamada a violín por parte de Brigitte, y respuesta de otro violín, ahora mucho más cerca. Más luces, más carreras por la galería iluminada, más música, otra respuesta…

Y de pronto, cuando llegaban al final del ultimo pasillo iluminado, Tristán apareció ante ellos, como un fantasma, moviendo sus largos cabellos blancos.

—Por aquí —llamó.

Se reunieron con él, y Brigitte lanzó un fuerte suspiro.

—¡Gracias a Dios…! —exclamó—. Nos están persiguiendo todos sus invitados, Tristán.

—No se preocupen: jamás los encontrarán mientras yo esté con ustedes. Toca usted muy bien el violín, Brigitte.

—Muchas gracias —rió nerviosamente la espía—. Pero usted lo toca mejor.

—Sí… Tiene razón. ¿Qué ha pasado arriba?

—Un hombre llamado Deberaux vino a la casa, a matarnos, pero se lo impidieron Gruber y Henrik, que nos desataron.

—No conté con eso.

—¿Pues qué se le ocurrió? —refunfuñó Número Uno.

—Pensé que primero, si realmente eran malos, se matarían entre ellos, y luego recurrirían a ustedes, los vencedores; para que los ayudasen a hacerse dueños absolutos de la isla y controlar el Desconectador. Por eso les dije a todos donde estaban ustedes, y, a la espera del comportamiento de ellos, mis amigos… mis amigos y yo bajamos a las galerías…

—¿Por qué vacila? ¿Qué le ocurre? —murmuró Brigitte.

—Ha sido terrible… Jamás pensé que… que…

—Tristán: ¿qué cosa tan terrible ha ocurrido?

—Luigi… Luigi y los demás se han comportado, inesperadamente…

—¿Inesperadamente?

—Sí. Yo… yo pensé, cuando decidí bajar aquí con ellos, que si mis invitados eran malos, querrían matarnos a todos, y entonces, pensando que si eso ocurría, podríamos escapar con las lanchas, recogí todo el dinero que había conseguido ahorrar de los gastos generales… Lo tenía escondido en la villa, pero lo recogí…

—¿Cuánto?

—Creo que el equivalente a unos ochocientos mil dólares.

—¿Y dónde está ese dinero?

—Ellos lo tienen… Por Dios, no sé cómo han podido cometer semejante acción… Luigi me quitó el dinero, me arrancó la maleta de un manotazo, y dijo… dijo que ya estaba harto, y que con ese dinero, él se iba a pasar el resto de la vida…

—Conocemos historias como, ésa —sonrió secamente Uno—. Ya le dijimos que usted estaba loco.

—Carletto mató a Luigi, le quitó el dinero…

—No se moleste más Tristán —murmuró Brigitte—. Todavía deben estar matándose por aquí abajo, unos a otros. Allá ellos… Lo que interesa ahora es llegar a las lanchas. ¿Quiere guiarnos? Nos escaparemos los tres; y los que estén en las grutas… que se atengan a las consecuencias.

—Jamás pensé que Luigi y los demás…

—Olvídelo. Todo el mundo es igual.

—Sí… Está bien, iremos al lago…

Un alarido de agonía llegó de pronto hasta ellos, rebotando de túnel en túnel, y Brigitte musitó:

—Parece que su maleta con el dinero acaba de cambiar de

dueño, Tristán.

—Dios los perdone. Dios los perdone…

Brigitte y Uno cambiaron una mirada. Ella puso una mano en un hombro del anciano, nuevamente.

—Cálmese. Y toque el violín, Tristán, por favor.

—Sí… Sí, sí…

El anciano obedeció, y nuevas luces se encendieron, marcando el camino. Mientras recorrían la nueva galería iluminada, Tristán iba explicando entrecortadamente sus buenas intenciones hacia ellos, que los había sometido a prueba, que no quería hacerles ningún mal… Brigitte y Uno escuchaban en silencio, sin interrumpirle, porque, cada vez que convenía, el anciano tocaba el violín, y un nuevo sector quedaba iluminado, cada vez acercándolos más al lago. Por otra parte, Tristán parecía que hablaba para sí mismo, no para ellos. Había empezado contándoles sus proyectos, sus intenciones hacia ellos, su buena voluntad… Pero, cuando finalmente llegaron al lago donde estaban las dos lanchas, Tristán hablaba para sí mismo, y parecía alucinado. Entre Número Uno y Brigitte lo colocaron en una de las lanchas. Luego, se miraron entre ellos, y Uno asintió con la cabeza.

—Hazlo tú, que conoces mejor tu maletín, ¿no?

—Claro.

Ella saltó a tierra firme, y buscó el lugar adecuado. Había un punto perfecto para colocar la carga de plástico, en un tabique natural que separaba dos pasillos a la entrada a la gruta grande. Durante un par de minutos, estuvo dedicada a ello, preparando cuidadosamente el detonador, todo el mecanismo de tiempo… Bastaría con cinco minutos…

Estaba a punto de regresar ya a la lancha donde la esperaban Uno y Tristán, cuando comenzó a oír risas en una de las galerías que desembocaban en la gran gruta. Se apartó, pegándose de espaldas a la pared, apercibiendo su pistolita. Miró hacia Uno, que se había encogido en la lancha, obligando a Tristán a hacer lo mismo, pero sin conseguir que el anciano dejase de hablar sobre sus proyectos, sus intenciones, su bondad.

De pronto, apareció uno de los «pastores», todavía riendo, llevando una pequeña maleta en una mano, y un cuchillo lleno de sangre en la otra; también tenía sangre en la espalda y en un lado

de la cara. Reía como un loco.

—Je, je… Para mí solo… ¡Por fin, todo el dinero para mí solo! ¡Todos muertos, todo el dinero para mí sólo…! —Iba dando tales tumbos que finalmente, se volvió del todo, y se quedó mirando, atónito a Brigitte—. Ah, la fiera… ¿Conque has escapado…? Pues te voy a cortar en…

Plop.

Martino se detuvo en seco al recibir la bala entre ceja y ceja. Se quedó de pie un par de segundos, petrificado. Soltó la maleta, de su pecho brotó un ronquido, y cayó hacia delante, rígido, dándose de cara contra el suelo… Pero ya no podía dolerle nada.

Brigitte recogió la maleta con el dinero, y corrió hacia la lancha.

—Vámonos. Sólo quedan cuatro y medio.

Uno puso la lancha en marcha, llevándola hacia el fondo, y Brigitte sacudió amablemente a Tristán que seguía murmurando.

—Tristán, la música… Tiene que alzar esa roca con la música. ¿Me oye? ¡Tristán!

—¿Eh…? ¿Qué…?

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Toque su violín!

—¿Mi violín…? Ya no tengo violines… Pero no importa… Escucho música… Música de violines que hay en dos grandes corazones… Sí —sonrió—. Hay música de violines en los corazones de Angelo y Brigitte.

—Por Dios —jadeó Brigitte—. Tiene que tocar el violín, Tristán… ¡Tóquelo para qué se alce esa roca y portamos salir de aquí!

—No sé tocar el violín… Ya jamás tocaré el violín. Es mejor la música de sus corazones…

—¡Tristán, tiene que tocar el violín ahora…!

—Prefiero escuchar sus corazones.

—¡No podrá escucharlos mucho tiempo si no toca el violín para que se abra esa puerta! ¡Tiene que…!

—No te escuchará —musitó Uno—. Se ha trastornado, Brigitte. Tienes que tocar tú.

—Dios…

Desesperada, Brigitte comenzó a tocar el violín, después que Uno hubo apagado el motor. De cuando en cuando, llegaban hasta la gruta gritos procedentes de las galerías… Sin duda, guiados por

la música, no tardarían en llegar allá hombres dispuestos a todo con tal de ser los amos del Desconectador… Y mientras tanto, los segundos pasaban y el detonador de tiempo de la carga de plástico estaba ya solamente a tres minutos y medio de cumplir su cometido. Número Uno miraba hacia las galerías, pistola en mano… Y de cuando en cuando, miraba a Brigitte, que tocaba y tocaba, llenando de dulces notas las grutas…, mientras en su frente, las finas gotitas de sudor se iban multiplicando, y convirtiendo en gruesas gotas de angustia.

—No, no, no —rió de pronto Tristán—. No es así, Brigitte, no es así… Escuche esto…

Apercibió su violín, emitió unas pocas notas… y la gran roca se alzó, dejando el camino libre hacia el mar abierto, que se veía al fondo como una mancha de plata. Brigitte se desplomó en cubierta, y Uno puso de nuevo en marcha el motor, tras sonreírle crispadamente. Apenas habían salido de la gruta, la gran roca volvió a bajar, porque Tristán seguía tocando, tocando, tocando…

—¡Ya puede dejar de tocar! —le gritó Uno.

—Déjale —alzó también la voz Brigitte—. Si ahora le viene de gusto tocar… ¿qué mal hace?

Salieron a mar abierto, y Uno dirigió la lancha más y más lejos del islote, mientras Tristán; salpicado de agua, sonreía, y seguía tocando su violín…

—Toque, toque conmigo —pidió a Brigitte.

—¿Por qué no? —sonrió ella.

Comenzó a acompañar a Tristán, y éste sonreía, sonreía, sonreía…

—Así… Eso es… Música de violines, música de corazones…

Número Uno había dado la vuelta a la lancha; y señalaba hacia atrás. Sin dejar de tocar, Brigitte miró hacia allá. Sólo pudo ver una gran nube de polvo, que se alzaba, ocultando la Luna, de todas partes del islote, que se iba desmoronando sobre sí mismo, dejando tales huecos y depresiones que el mar entró como una tromba, inundando el islote, las galerías… Allí no había música de violines.

El doctor Karl Swarchtz salió del cuarto destinado al paciente, y miró al hombre y la mujer que esperaban en el pasillo, ambos de pie, silenciosos. Se acercó a la magnífica pareja, y sonrió a la mujer.

—Pueden marcharse tranquilos, Baby.

—¿Curará? —musitó ella.

—Espero que sí… No lo aseguro. De todos modos, su locura es pacífica: todo lo que quiere es su violín, porque dice que escucha música de corazones con él. Haré todo lo que pueda. Y sea como sea, le garantizo que jamás deberá volver a preocuparse por él. Yo lo haré.

—Bien… Gracias, Karl. Es…

—¿Gracias? ¿Usted a mí? —sonrió el eminente neuropsiquiatra —. Vamos, vamos… Todo cuanto soy y tengo se lo debo a usted. Y no pienso apartarme del camino que usted misma me trazó hace tiempo. Puede pedirme siempre, en cualquier momento, lo que quiera, Baby.

—Solamente que trate con amor a Tristán —sonrió ella—. Y que siga así, Karl. He tenido noticias de usted, naturalmente, y sé que olvidó todo aquello, y se dedica a practicar el bien… Cuando Tristán lo conozca mejor, se curará, estoy segura: le alegrará mucho encontrar un hombre como usted.

—Sus palabras pagan mi mucho trabajo —susurró el médico—. ¿No van a quedarse unos días? Puedo ofrecerles…

Se dio cuenta de que aquel apuesto gigante miraba fijamente a Baby, expectante. Y cuando la miró a ella, vio su dulce sonrisa.

—No, Karl. Gracias. Tengo otro compromiso que cumplir, lejos de aquí.

—Si puedo hacer algo más…

—No. Lo tenemos todo preparado para el viaje. Ah, se me olvidaba: esta maleta es para usted. Pero no la abra hasta que nosotros nos hayamos marchado. ¿Prometido?

—Prometido.

Minutos después, la extraordinaria pareja se alejaba en un coche, y Karl Swarchtz agitaba una mano en despedida… Una enfermera del hospital psiquiátrico, apareció junto a él, con los ojos en blanco.

—Doctor… ¡qué hombre! ¿Lo ha visto? ¡Qué hombre, Dios mío! Alto, moreno, guapo, tan masculino… ¡Esa chica sí es afortunada!

Karl Swarchtz sonrió, abrió la maleta, y sonrió además al ver la enorme cantidad de billetes. Sólo había eso: dinero.

—Sí —amplió su sonrisa—. Es una chica muy afortunada. Pero no creo que ese guapo caballero lo sea menos.

Este es el final

—Es otro mensaje de Pietro —dijo Brigitte.

—¿Qué dice? —preguntó Uno.

Ella se tendió en la toalla, a su lado, y se quitó el sarong, dispuesta a aprovechar los tibios rayos solares del transparente mediodía. Le tendió el papelito, y Número Uno lo leyó:

> *REPARTIDA RECOMPENSA ENTRE TODOS. TODOS MUY CONTENTOS, COMO SIEMPRE, DE ESTAR SIEMPRE A LAS ORDENES DEL MEJOR. SALUDOS AGRADECIDOS, PIETRO.*

—Te ha salido un poco cara esta aventura —rió Brigitte.

—Desde luego… Le das todo el dinero a aquel médico, y yo tengo que pagar de mi bolsillo a Pietro y los demás. No es un gran negocio trabajar contigo…

Se interrumpió al oír los gritos excitados de *mamma* María, avisándoles que tenía que acercarse. Se colocaron las toallas, y Uno autorizó a su cocinera-ama de llaves… La cual, cuando llegó junto a ellos, no parecía precisamente feliz.

—Ha llegado un telegrama, *signore* —musitó—. Para la *signorina*.

—¿Para mí? —se sorprendió Brigitte—. Pues tiene que ser de Peggy, que es la única que sabe dónde estoy… A ver…

Mamma María le entregó el telegrama, y se quedó indecisa, entristecida, mirando a la espía, hasta que captó la seña de Número Uno, y entonces se alejó, mohína… Brigitte leyó el telegrama, y sonrió de un modo inexpresivo.

—¿Qué te dice Peggy? —musitó Uno.

Ella le tendió el telegrama. Decía:

TÍO CHARLIE DESESPERADO. *STOP*. ASUNTO URGENTÍSIMO. *STOP*. NO LE HE DICHO DONDE ESTÁ USTED. *STOP*. BESOS, PEGGY.

Uno alzó la mirada, también inexpresiva ahora.

—¿Qué piensas hacer? —murmuró.

—¿Cuántos días dije?

—Quince o dieciséis.

—¿Y cuántos han pasado?

—Válidos, nueve.

Brigitte sonrió, rompió el telegrama, y se recostó en el musculado pecho masculino, sonriendo dulcemente.

—Entonces, siguen quedando seis… Oh… Pero… ¿qué es esto? Qué barbaridad, mi amor: tienes un corazón fortísimo… Resuena como…

—Es música de violines —susurró Número Uno—. Para ti, amor.

FIN